

LA CARTERA CUBANA.

NOVIEMBRE.-1838.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.



MES DE SETIEM.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 65	27 p. 59	27 p. 58	84. 50	82. 85	86. 80	65. 0	60. 0	65. 0
2	" 55	" 53	" 55	84. 40	83. 90	85. 40	63. 50	60. 0	69. 0
3	" 56	" 55	" 59	84. 40	83. 85	85. 40	71. 25	65. 0	70. 0
4	" 66	" 64	" 58	84. 40	87. 90	88. 50	69. 50	67. 0	72. 0
5	" 58	" 50	" 50	84. 50	87. 92	88. 50	72. 0	66. 10	70. 0
6	" 56	" 50	" 50	84. 75	88. 0	86. 30	71. 0	65. 0	69. 50
7	" 49	" 48	" 48	84. 50	88. 25	85. 10	72. 0	67. 0	71. 50
8	" 51	" 52	" 55	84. 0	85. 50	84. 75	73. 0	69. 0	72. 0
9	" 61	" 56	" 58	83. 0	85. 35	83. 50	73. 0	71. 0	72. 0
10	" 58	" 53	" 56	82. 70	87. 0	85. 0	70. 0	67. 50	69. 0
11	" 56	" 54	" 58	84. 0	87. 50	85. 50	71. 0	69. 0	72. 0
12	" 59	" 53	" 58	84. 75	89. 5	84. 75	69. 0	61. 0	71. 25
13	" 62	" 60	" 62	84. 0	88. 75	84. 0	74. 0	67. 0	72. 0
14	" 69	" 65	" 68	83. 70	88. 0	85. 0	66. 0	57. 0	63. 0
15	" 66	" 65	" 68	83. 25	87. 50	83. 75	67. 0	59. 0	68. 50
16	" 69	" 66	" 68	83. 0	87. 0	84. 40	70. 0	68. 0	70. 65
17	" 68	" 65	" 65	82. 0	87. 30	85. 50	72. 0	70. 0	72. 0
18	" 65	" 62	" 65	82. 75	88. 20	85. 50	75. 0	66. 0	75. 0
19	" 65	" 64	" 66	83. 0	88. 25	83. 10	70. 0	63. 0	72. 50
20	" 67	" 66	" 67	82. 50	88. 0	84. 30	69. 0	61. 0	68. 0
21	" 68	" 67	" 75	82. 75	86. 25	81. 50	69. 0	71. 0	76. 0
22	" 69	" 65	" 67	83. 0	88. 0	84. 0	74. 0	70. 0	76. 0
23	" 68	" 65	" 58	83. 0	83. 50	81. 50	73. 0	72. 0	74. 0
24	" 69	" 58	" 60	80. 75	84. 0	80. 75	75. 0	74. 0	75. 0
25	" 59	" 52	" 62	80. 0	85. 0	80. 85	75. 0	73. 0	75. 75
26	" 59	" 50	" 57	81. 70	85. 20	83. 0	76. 0	76. 0	76. 50
27	" 62	" 55	" 64	81. 0	84. 70	82. 50	76. 50	76. 0	73. 0
28	" 65	" 60	" 64	81. 50	86. 0	82. 40	76. 75	70. 0	73. 0
29	" 63	" 58	" 63	82. 75	86. 0	83. 40	71. 0	62. 0	63. 0

NUBARRONES.—El 25 casi todo el día, y el 26. LLOVINAS.—El 2 a las 5 y media de la tarde; el 3 al oscurecer; el 20 idem con truenos; el 23 al oscurecer; el 25 y 26 a una del día; el 27 a las 11 y 5 de la tarde; idem el 29, y el 30 a las 7 y media de la noche. CHUBASCOS.—El 4 a las 3 menos cuarto de la noche; el 7 por la tarde y noche, y el 24 a las 2 y 6 de idem. AGUACEROS.—El 7 a las 12 y media de la madrugada y a las 3 de id.; el 7 en la noche y el 8 de cuando en cuando; fuertes al oscurecer del 12 con truenos; el 13 a las 3 de la tarde, y el 19 algo después sin ellos; fuerte con ellos el 22 a las 2 de id.; el 26 al oscurecer; el 28 a la una y media del día, y el 30 poco antes de las 10 de la noche.

5.º CUADERNO.

34

ESTADOS DE HOSPITALES.

MEDICINA.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
	SETIEMBRE.	SETIEMBRE.		SETIEMBRE.
		Presos.	Particul.	
Enfermedades.				
Tifo	51	"	"	"
Fiebres intermitentes	50	"	5	1
Idem catarrales	24	2	7	1
Gastritis agudas	35	26	47	6
Idem crónicas	2	"	"	4
Diarreas	16	3	23	5
Disenteria	"	2	"	"
Cólicos	"	1	"	"
Hepatitis crónicas	2	"	1	"
Esplenitis	4	1	"	"
Nefritis simples	1	"	"	"
Id. calculosas	3	"	"	"
Obstrucciones	23	"	2	1
Afectos catarrales	"	"	1	13
Pleuritis	3	"	3	"
Tisis	4	"	"	"
Hemoptisis	5	1	"	"
Afectos del corazón	1	"	"	"
Viruelas	7	"	"	"
Epilepsia y convulsiones	"	"	1	1
Parálisis	"	"	"	1
Tétanos	"	"	2	2
Anginas	20	7	20	"
Reumatismos agudos	4	"	"	"
Artritis	1	"	3	"
Hidropesia	"	"	"	"
Anasarca	8	1	"	1
Escorbuto	"	"	"	"
Mania	2	"	"	"
Apoplegia	"	"	"	"
Totales	268	44	117	86

CIRUGIA.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
	SETIEMBRE.	SETIEMBRE.		SETIEMBRE.
		Presos.	Particul.	
Enfermedades.				
Quemaduras	"	2	1	"
Contusiones	1	9	1	1
Heridas de armas blancas	"	1	2	"
Fracturas	"	"	1	1
Dislocaciones	14	2	1	1
Tumores simples	"	2	1	1
Panulizos	30	"	1	"
Bubones	4	2	"	"
Hérnias	"	"	2	2
Parotiditis	1	"	2	"
Úlceras cancerosas	"	"	5	2
Idem pútridas	10	1	13	"
Idem subinflamatorias	3	4	"	"
Idem y pústulas venéreas	"	2	"	"
Orquitis	16	"	"	"
Fimosis y paraquimosis	60	1	4	"
Uretritis	13	"	5	"
Catarros vesicales	33	"	"	"
Dolores osteocopos	7	"	"	"
Hemorroides	5	"	1	"
Fistulas del ano	"	1	3	"
Id. simples	2	"	"	"
Erisipelas	16	"	"	"
Erucciones sarnosas	4	2	1	"
Herpes	5	"	"	"
Oftalmías agudas	1	"	"	"
Idem crónicas	"	"	"	"
Lupias	"	"	"	"
Totales	223	27	44	7

HOSPITALES.**S. AMBROSIO.**

Existencia en 1.º de setiembre.	367	}	863
Entraron en dicho mes.	496		
Se curaron.	479	}	497
Fallecieron	18		
Quedaron para 1.º de octubre de 1838. . . .			366

La mortandad estuvo á razon de 2,08 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.º de setiembre.	291	}	522
Entraron en dicho mes.	231		
Se curaron.	215	}	262
Fallecieron	47		
Quedaron para 1.º de octubre de 1838. . . .			260

La mortandad estuvo á razon de 9 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de setiembre.	138	}	181
Entraron en dicho mes.	43		
Se curaron.	24	}	40
Fallecieron	16		
Quedaron para 1.º de agosto de 1838. . . .			141

La mortandad estuvo á razon de 8,83 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en setiembre reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Setiembre.

Gastritis.—Fiebres continuas remitentes y fiebres intermitentes.—Afectos catarrales.—Reumatismos.—Diarreas.—Tisis y anginas.

Observaciones prácticas.

Hay tal correspondencia entre las enfermedades que predominaron este mes y las observaciones meteorológicas, que el exámen mas ligero bastará á demostrar las utilidades de la penosa tarea en que nos ocupamos, y que reducida á tres páginas de impresion, muchos tratan de pobre, insignificante y fastidiosa, no considerando lo que cuesta redactarlas. Fácil es hablar y criticar á la ventura; esto prueba al menos que no teniendo el crítico paciencia ni otras cosas para autor, tiene palabras.

El calor húmedo del mes de setiembre, después de los abrasadores de julio y agosto, han sostenido la mucosa gastrointestinal en un grado de exaltacion, que compatible antes con la salud, no lo fué entonces; y aquellas fiebres que pronto se elevaban á la ataxia, principiaron á tomar el carácter mucoso con diarreas, que si no arrebatában con rapidez sus víctimas, no han dejado de llevárselas con padecimientos insufribles.

En ninguna otra época del año han sido mas rebeldes las enfermedades torácicas: las mas ligeras alteraciones del pulmón, como cortas hepatizaciones, limitados tubérculos, han crecido ó multiplicádose de tal manera, que un enfermo que en los primeros dias parecía capaz de curarse, se ha declarado sin remedio en el corto término de tres semanas, y esto á pesar del tratamiento mejor dirigido.

Por último, las flegmasías agudas se han convertido con la mayor facilidad en crónicas al menor descuido: sin embargo, los enfermos que no estaban anteriormente predispuestos se curaron radicalmente en pocos dias.

Se han enterrado en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
En todo setiembre. . .	257	115
Total general. .	372	

CASO SINGULAR

DE UN

AGUJERO SUPERNUMERARIO EN EL CORONAL.

En el hospital de San Francisco de Paula, sala de San Antonio, camá número 3, el veinte y ocho de Diciembre último, falleció la morena emancipada Sabina, de edad como de veinte años, de constitucion sanguínea-nerviosa, después de haber padecido por muchos meses un afecto cerebral, como lo espodré á continuacion, y de un tumor situado en la parte media anterior y superior del cráneo, sobre la línea que separa el coronal en la infancia, cubriendo parte de la sutura sagital y de la coronal; en términos de corresponder dicha línea á la mitad del tumor: su figura oval, su diámetro mayor de tres pulgadas y su circunferencia de nueve. Entró la morena en el establecimiento en 6 de Abril de 1837, con una apoplejía incompleta, ó sea la que los autores designan con el nombre de golpe de sangre: los síntomas que indicaron el tal padecimiento, fueron un letargo profundo, la cara abotagada, los párpados caídos, los miembros en un estado de flexibilidad completa, la postura supina, el pulso estaba fleno y desenvuelto, y había salida de la orina espontánea.

En esta situacion no era posible investigar las causas del padecimiento; pero bien conocido su mal por los síntomas enumerados, no dudé un momento ordenar una emision sanguínea general del pié; se hizo, y fué de doce onzas de sangre. Con esto volvió un poco en sí, alivio que me indicó debía repetir la emision, lo que se efectuó á las seis horas, estrayéndose ocho onzas mas de sangre con lo que se obtuvo que quedaran sus sentidos mas espeditos; visto lo cual dije que á continuacion se hiciera otra local á la nuca, y se consiguió un restablecimiento casi completo: solo restaba consumir la curacion, y como la encontraba preparada por las emisiones de sangre, empleé sin pérdida de tiempo las cáusticos á las piernas, como plan revulsivo; correspondiendo como era de esperar. La dieta fué severa, y solo al cuarto dia comenzó á tomar por alimento el cocimiento blanco, habiéndole servido hasta entonces sola-

mente el agua gomosa y azucarada: restablecida ya por algunos dias con este plan, siguió gradualmente alimentándose hasta que recuperó sus fuerzas; pero un movimiento apenas perceptible de temblor se manifestaba en ella cuando hacía algun ejercicio, en términos que tuve que ponerla por algunos dias á un régimen menos nutritivo, y aconsejar se la vigilase de nuevo: desapareció el mal con solo esto, y así se le despachó el alta para su salida.

Al cabo de otros cinco meses, vuelve de nuevo al establecimiento con un temblor tan manifiesto que conciliando este síntoma con los ya observados en su primera entrada, no quedaba duda de que el cerebro padecía, y como esta víscera no quedó en un estado perfecto de salud, hubo de haber predisposicion para un nuevo ataque, el que se verificó, mas no con la intensidad del primero, pues no había ningun síntoma que lo indicase, y únicamente se notaron, el temblor y un enfado singular en su rostro que solo desaparecieron con la muerte. Estas circunstancias me obligaron repetidas veces á preguntarla si tenía algun dolor, y siempre obtenía la negativa en sus contestaciones; jamás supo decir cual fué la causa de su padecimiento, pero en una mañana de las que solía ir á horas fuera de la visita de costumbre me admiró verla sin el pañuelo que acostumbraba tener puesto en la cabeza, y creció mi admiracion al notar en ella cierta cosa estraña; acerquémeme, y habiéndosela reconocido encontré un tumor cuya situacion, diámetro y circunferencia he referido mas arriba; hícela rasurar al momento con proligidad, y poniendo al descubierto el tumor, le examiné con despacio. Se presentaba al tacto un reborde oseó muy pronunciado, y como el tumor impedía llevar el dedo á su centro y por debajo, era de creerse que los huesos por alguna abertura proporcionaran comunicacion con el interior, y juntándose á esto el mal del cerebro, y respetando las palabras de la misma paciente que afirmó muchas ocasiones que había nacido con él, sin embargo de la presion, y consultando el juicio de otro profesor del mismo establecimiento, aunque tampoco dificultaba que tuviese alguna correspondencia con la masa encefálica, nos abstuvimos de operarla; pero, á pesar de lo dicho, nos inclinamos á clasificar el tumor por una lupia, que propusimos en muchos exámenes de cirujanos á su consideracion, estimándola todos por lo mismo. Sin pensar en la operacion que temíamos influyera desastrosamente en el cerebro, se llenaron todas

las indicaciones para combatir la enfermedad nerviosa, sin que por esto hubiéramos logrado nada, corriendo todos los trámites que suelen tener estos padecimientos cerebrales hasta la muerte.

Autopsia cadavérica.

Colocada la difunta sobre una mesa y en situacion conveniente, su estado exterior era : flexibilidad en todos sus miembros, semblante mas al natural, señales de sangrías generales, locales y cáusticos: preparado todo, se dió principio á la diseccion haciendo una incision crucial en la cabeza encima del tumor y separando los colgajos con la mayor prolijidad, pusimos al descubierto el tumor cuya diseccion corroboró que era una lupia; se estrajo entera y abierta por un corte de escalpelo, dió una sustancia como el sebo, de su misma consistencia, pero sin cohesion; hallose un sin número de cabellos dentro de la sustancia, que no se diferenciaban en nada de los del exterior de su cabeza, habiendo crecido dentro del saco. Concluido el examen de la lupia, pasamos al del cráneo en el punto que ocupó el tumor; y á la primera ojeada y con el tacto, se descubrió un agujero y un vaso de mas calibre grueso que los que pasan por los agujeros parietales, y por consiguiente aquel tenía mayor diámetro, y situado en la parte anterior y superior del coronal, distaba casi una pulgada de su circunferencia, como puede verse dentro de pocos dias, en la pieza que al efecto se conserva en el museo anatómico: el hundimiento que parecía haber, no era sino muy leve, y el punto donde terminaba el tumor en su circunferencia, mas era efecto de un exceso de nutricion que levantó un borde oseo sobre la superficie ordinaria de los huesos, y de aquí el creer cuando se tocaba al reconocerle que habia hundimiento, máxime cuando no se podía llevar el dedo al centro de este círculo : reconocidas las superficies compactas de aquellos, se confirmó esta opinion, mucho mas porque se hallaban en su estado normal, y porque en diverso caso las internas de estos huesos estarían formando una elevacion; mientras aquí están por su interior en su estado natural y á lo exterior aparece el hundimiento relativo de una superficie convexa ó plana, donde se elevaría un borde que le diera esa apariencia. El vaso que he dicho, cortado, arrojó sangre, distribuíase en la parte inferior del saco del tumor y del pericráneo.

Separamos mas los colgados y se cortó la parte superior de la caja osea del cráneo; levantado el vaso venía de la dura-mater, y esta, en toda la superficie que correspondía á la sutura sagital, se halló inyectada de sangre casi negra: quitose la dura-mater, la aracnóides y la pía, y se descubrieron debajo de ella muchas flictenas llenas de serosidad unas, y de serosidad sanguinolenta otras; levantada la última se vió la sustancia cortical del cerebro, destruida en los puntos en que se hallaron las flictenas, y con esto quedó confirmada la causa de su muerte. Habiendo examinado las demas vísceras y órganos, se hallaron en estado de salud, aunque flacas.—*E. G. del Valle.*

COMERCIO.

Exámen del origen y procedencia de la pasada y violenta crisis mercantil ocurrida en los Estados vecinos de la confederacion Norte-Americana.

La considerable y marcada importancia que entre los acontecimientos de la época ha obtenido ya con sobrada razon la reciente crisis mercantil que acaba de esperimentarse en los vecinos estados de la Union-Americana; y las extremas y dolorosas consecuencias á que ha dado lugar, tanto en el país donde inmediatamente se sintieron los primeros efectos de aquella terrible esplosion, como en los que se encontraban mas ó menos íntimamente ligados con ellos en intereses mercantiles; nos estimulan á mirar un exámen prolijo y detenido sobre sus causas y los acontecimientos que la han preparado, como una de las cuestiones mas útiles y provechosas entre cuantas puede suscitar el interés bien entendido de la causa pública. De cualquier manera que se consideren hechos de esta clase, siempre será cierto que una alteracion tan grave y profunda como la que experimentaba en su comercio uno de los pueblos mas mercantiles de la América, y que en la vasta esfera de sus inmensas relaciones comerciales, no solo abraza el círculo de estas regiones, sino que estien- de además su influencia sobre la Europa, el Asia y todo el mundo hasta áhora conocido y descubierto; no podía menos de interesar la atencion de los que vivimos á su vecindad, aun cuando solo fuese para tomar medidas de preeucion, y en todo caso a-

doptar las que convengan á fin de que mezclados en relaciones con ellos, nunca seamos por nuestro descuido y apatía, envueltos en la desastrosa serie de calamidades que pudieran ser, si ahora no, las consecuencias de semejantes trastornos en el comercio herido en sus agentes mas principales.

Con esta mira de real y verdadera utilidad, y animados del deseo de dar á conocer mejor y segun nosotros hemos podido comprender un acontecimiento, que tampoco hemos visto tratado hasta ahora como lo merecia su importancia, nos proponemos hablar de él aquí con la sinceridad y buena fé que exigen de suyo materias de esta clase; muy dichosos si acertamos á presentarle tal cual realmente ha sido con sus propios caracteres, atacando á la vez al crédito y á la circulacion, y poniendo por tan funesto error de principios á dos dedos de su ruina la asombrosa prosperidad de nuestros vecinos, y casi á punto de que viésemos borrada del catálogo de las naciones comerciales á la opulenta Tiro americana. Tal vez hecho ya este el objeto de las especulaciones de los estadistas de aquel país, y de los hombres eminentes que le han recorrido con posterioridad, no nos será tan difícil la tarea, si entre las exajeraciones del espíritu de partido y la parcialidad que siempre imprime, lográsemos sin embargo distinguir el verdadero origen del mal.

Uno de aquellos escritores mas prácticos y experimentados en estas materias que reclaman por su importancia tantas luces, ha dicho hablando en general de las convulsiones en la circulacion y el comercio, que ellas nunca se producen, sino por la inoportuna é indiscreta intervencion del gobierno, y que todas pueden considerarse en cualquier país que sucedan como las consecuencias inmediatas de sus miras equivocadas, ó de las medidas erróneas que para favorecer el crédito y la circulacion adopta como medios de mejoramiento; porqué no hay que creer que el comercio sea susceptible por otra parte de convulsiones, y en su opinion podemos estar seguros de que dejándole entregado á sí mismo, y no empeñándose en gobernarle é influirle, él siempre guardará su nivel, sin que jamás siga otro curso que aquel que le prescriba su propia conveniencia y utilidad. No pretendemos entrar aquí en un exámen severo y circunstanciado acerca de la exactitud de esta doctrina; pero sin abrazarla como incontestable en la absoluta generalidad que se le ha dado; y sin dejar de reconocer su com-

pleta aplicación en el mayor número de casos que pueden ofrecerse; es preciso convenir en que si hay algun ejemplo irrecusable de esa influencia perniciosa ejercida por el gobierno sobre la direccion del comercio alterandole en su curso regular y ordinario, es el que nos presenta el del país vecino en la violenta crisis de que acaba de salir.

El Honorable Henry Clay en un discurso que pronunció en la sesion del Senado de 19 de febrero último, lleno de sólida instruccion y de buena y jugosa doctrina, ha demostrado que hubo de parte del poder ejecutivo de su país, un designio firme, persistente y deliberado de destruir el sistema actual de bancos para levantar sobre sus ruinas otro sujeto á la intervencion del gobierno, á fin de poder influir así mas seguramente sobre el crédito y la circulacion, dándole á su arbitrio el curso que mejor conviniese á sus miras. Y este ataque comenzado por el gobierno y hábilmente sostenido por sus partidarios contra los bancos y las instituciones monetarias del país; excitando contra ellas el espíritu democrático que domina entre el pueblo; suscitándole las pasiones de la multitud que son allí sobre todo poderosas; y favoreciendo por medio de estímulos facticios el abuso de la especulacion y la incontinencia irregular y estravagante del crédito; vinieron por último á producir como una necesaria y forzosa consecuencia la crisis experimentada con todos sus desastrosos efectos.

Para deducir la necesaria filiacion que existe entre estos hechos, y calificar la inevitable influencia que el propósito de destruir los bancos, y especialmente el general del Estado, ha debido ejercer como causa productora sobre el embrazo, entorpecimiento ú obstruccion, que en calidad de efecto forzoso de semejante medida ha sufrido el comercio y la circulacion de de aquellos países; bastará formarse antes una idea, aunque no sea mas que aproximada, de la importancia de las funciones que bajo este respecto estan encargados de desempeñar; y como y porqué medio llegaron á establecer el sistema de concurrencia que mejor convenia y era mas adaptable á las circunstancias del país y á la naturaleza de los negocios á que se consagraban.

El pueblo de los Estados Unidos es como todos saben eminentemente mercantil, y por supuesto activo y emprendedor. No era pues posible que en esta calidad circunscribiese sus infinitas especulaciones al capital existente en numerario en el

país: era preciso que tambien negociasen sobre su crédito, y que fijándole sobre bases mas ciertas, determinadas y seguras, viniesen por último á formar un sistema regular de circulacion bien combinado, perceptible, y que al tiempo que lograrse le vantarse á toda la altura de prosperidad posible, cortase tambien los abusos á que así mismo está sujeto por su naturaleza. A estas miras respondía completamente la institucion de los bancos, que cuenta por una de sus primeras y mas esenciales ventajas, la de aumentar el capital activo y productor del país. El oro y la plata cuando solo se les considera como meros agentes del cambio y la enagenacion, puede mirárseles no con impropiedad en cierto modo como un fondo muerto; mas cuando por ser depositado en los bancos se constituye la base de un papel en circulacion de naturaleza convertible, y que toma el carácter y el lugar de aquellos, como signos ó representantes del valor, adquieren por esta sencilla operacion una vida de que antes carecían, ó en otros términos se encuentran dotados de una calidad activa y productora.

Adoptado pues, desde el principio este órden misto de circulacion en el giro del país, y constituyendo el oro y la plata con el papel de banco todo su sistema monetario; es admirable ver como ha ido el pueblo acostumbrándose á su uso, y de que modo ha sabido merecer su confianza, llenando no solo cuanto se prometian de él, sino proporcionando á la vez una circulacion tan libre y espedita, como abundante, fácil y satisfactoria. Uno de los fenómenos que mas llaman la atencion de los que viajan por los Estados Unidos y sin duda la ventaja mas ostensible de ese sistema de crédito, es ver como los billetes del banco general se reciben en las fronteras y aun en los pueblos del interior y en los desiertos sin alteracion alguna, con la misma facilidad y por el propio valor conque circulan en Filadelfia, que es donde existe el principal asiento de sus operaciones. Alzado así el capital activo y productor por medio del crédito, era forzoso pensar en los medios de regularizarle; porqué sujeto como todo lo demás al abuso ó la incontinencia; y no existiendo regla alguna fija para prescribirle término mas allá del cual todo uso del crédito puede reputarse como una temeridad, fuente y origen de una infinita serie de males, como no sea la prudencia individual de los mismos especuladores; fué menester para conseguirlo y que se evitaran al comercio convulsiones peligrosas, encontrar un agente moderador que los

circunscribiese dentro de los límites que prescriba la mas prudente circunspeccion.

Estas funciones la desempeña maravillosamente el banco general del Estado: creado desde el principio con un fondo ó capital que pasa de 35 millones de pesos, y abrazando en su vasto giro todo género de especulaciones, siempre posee un número considerable de billetes de los que circulan en el comercio los demás bancos provinciales. Así resultando por todas partes acreedor de aquellos, y pudiéndoles obligar á reembolsar los billetes en especie, cuando en sus operaciones hacían sospechar que abusaban de su crédito, no podía menos de servirles de regulador y forzarles á que se contuviesen en la emision del papel; impidiendo de este modo fácil y en extremo sencillo un mal que, no sufocado en su origen, daría lugar á otros de la mas funesta trascendencia. Ejerciendo esa accion moderadora aquella institucion, no la necesita para sí, porqué la inmensidad de sus recursos disponibles y la estension asombrosa de sus fondos le preserva de todo abuso del crédito, cuya tentacion no es peligrosa sino para los que, sin bastantes medios de consolidar prontamente su fortuna, pretenden sin embargo levantarla con la mayor rapidez, forzando imprudentemente los negocios.

Por su parte y en virtud de esa sobreabundancia de recursos el banco general no está sujeto á la reaccion de los provincias y puede por lo tanto llenar mejor su papel de regulador. Amenazados por consiguiente estos últimos de un modo directo en su existencia si se comprometen en operaciones imprudentes usan de su crédito con reserva; y circunscritos á algo mas de su efectivo capital, cortado el vuelo á sus locas esperanzas de enriquecimiento, ya se ve que no sufrirán sin ceño esta saludable y á todas luces provechosa intervencion del primero. La han sobrellevado sin embargo hasta aquí con paciencia, y es de creer que á su influjo es debida en mucha parte la portentosa prosperidad de sus negocios; pero muy atentos siempre á sacudir su yugo, seguro que habrían de aprovechar la primera ocasion favorable. Esta oportunidad apetecida vino naturalmente á presentárseles en el último período de la administracion del célebre general Jackson.

Sea por motivos puramente personales, por convencimiento íntimo, ó algunas otras miras mas secretas, lo cierto es que el último gefe del gobierno tuvo por conveniente declararse con-

tra los bancos, y comenzando su hostilidad por las insinuaciones de la duda acerca de una mas provechosa organizacion de estas instituciones, vino al fin á parar en sus últimos mensajes en jurarle el odio menos encubierto. Hecho así el presidente el órgano de los detractores de los bancos, y concitada á la vez en su daño toda la fuerza del poder, aumentada con la que le dan las exajeraciones del espíritu de partido y las pasiones locales, con el ciego y tenaz instinto democrático del país; no era ya desde entonces difícil preveer cual sería el resultado de la lucha encarnizada y desigual que se les preparaba.

Establecido el banco por acta de la federacion en 1816, debía espirar su privilegio en el siguiente de 836; y aunque en el anterior de 35 se propuso y pasó en el congreso una ley cuyo primordial objeto era la renovacion de aquel privilegio, el presidente le negó la sancion, comprometiéndose con esto el choque que después se ha empeñado cada vez con mas violencia por ambas partes. A pesar de las ventajas reconocidas del banco, y de los considerables beneficios que produce, como se ha hecho el objeto del celo de los otros de su clase á quienes sirve de moderador, no ha dejado de concitarse algunos enemigos de que se formó el gobierno otros tantos auxiliares. Ya lo hemos dicho antes: que el banco es el gran lazo monetario de la union, como el congreso es su gran lazo legislativo; y las propias pasiones que concurren á hacer los estados independientes del poder central, esas mismas se reunen, y por identidad de motivos para promover la ruina de aquel establecimiento. En el concepto de sus detractores, el banco con su numerosa clientela forma en la república un cuerpo esencialmente aristocrático y permanente, que, teniendo á su disposicion inmensos recursos, ejerce una influencia notable y poderosa, que acabará por hacerse sentir en el gobierno, alterando tarde ó temprano los principios de igualdad sobre los cuales reposa la federacion americana.

Atacado así en sus principios fundamentales y amenazado de destruccion el banco general del estado, luego que en 1836 espirase su privilegio por la resolucion del presidente á conceder su sancion á la ley pasada en el congreso con el objeto de prorogarle; como ya desde entonces los demás bancos locales se conceptuaron exentos y libres de la penosa intervencion que aquel ejercía sobre ellos, y no viesen motivo para contener el vuelo á sus especulaciones, se entregaron á ellas con todo el

frenesí y la incontinencia mas estravagante, usando de su crédito fuera de los límites que exigía su propia circunspeccion. Comenzaron desde entonces las súbitas alteraciones en el precio de los fondos, hasta el punto de llegar á convertirse, como se ha visto suceder en muchos otros casos, en mero juego de azar.

Con esta negativa del gobierno, coincidió tambien la otra medida, poco prudente é injustificable, y que solo puede esplicarse por el deseo manifesto de su parte de hacer la guerra al banco general, y sacrificar á sus miras una institucion tan útil al país, de remover de ella los depósitos de sus rentas sobrantes para trasladarlos á los otros locales de su devocion, á fin de que estendidas por este medio sus facilidades, se consiguiese tambien que el pueblo, acostumbrado de antemano á la provechosa influencia del primero, fuese por consiguiente menos sensible á su falta. Privados los segundos de la accion reguladora del banco general, y facticiamente estimulada la codicia de los especuladores, no hay duda de que por el pronto tomaron los negocios un vuelo que apenas puede concebirse, sino por los que fueron testigos de esa estravagante revolucion. A su aspecto se envanecieron el gobierno y sus partidarios del impulso con que en su loco y funesto estravío, se preciaban de haber alzado la rápida prosperidad del país. Y como en estas circunstancias, tambien por otro error de principios, se habían propuesto aumentar el efectivo circulante, y escluir del giro todo papel convertible de banco, destruyendo ese sistema misto de circulacion que tanto le sirvió desde un principio; logró por esta coincidencia acelerar la crisis espantosa y terrible que ya se preparaba.

Ya en aquella época se habían terminado definitivamente los últimos arreglos de la indemnizacion debida por la Francia y algunos otros países; y como dominaba el propósito de aumentar el oro y la plata circulantes, dispuso el gobierno que el importe de aquellas le fuese remitido en metálico. Ocurrió por entonces tambien, que refundiéndose el banco de los Estados Unidos, y teniendo que deshacerse de sus diversas ramificaciones, porqué en su nueva forma debía quedar circunscrito á la categoría de los demás como particular de Pensilvania, para realizar tuvo que conceder créditos muy largos, que á su vez negoció en Inglaterra, reduciendo tambien sus bonos á metálico. Con estas operaciones y la extraordinaria esportacion de

numerario que acarrearón, tanto de Inglaterra como de otros puntos de Europa, sus instituciones monetarias, se pusieron en alarma y en su consecuencia tomaron todas aquellas medidas que juzgaron mas prudentes y acertadas para contener con tiempo, si no era absolutamente posible evitar tan notable estraccion de metales como la que se hacía.

Al efecto el banco de Inglaterra y otros principales de Europa comenzaron á rehusar las seguridades americanas; y como por los especuladores del Norte se había usado con imprudencia de su crédito, comprometido este, y desechadas sus garantías, les fué imposible cumplir sus compromisos, y tuvieron que declararse en bancarota, á causa de no poder hacer frente á sus multiplicadas obligaciones. Por un efecto simultáneo, y por la necesidad que le es consiguiente se esparció la desconfianza del papel americano, y el que antes se recibia corrientemente en todas partes, apenas era entonces admitido, sino con una extraordinaria rebaja, que le hacía desmerecer mucho de su estimacion. A consecuencia de las anteriores especulaciones, se había acumulado una considerable cantidad de efectos y los precios tan subidos, como nunca se vieron antes; y tal sobreabundancia, coincidiendo con la depreciacion del papel, produjo una inevitable reaccion en los frutos, que constituyó á sus tenedores y les puso en la dura necesidad de forzar el mercado para salir del embarazo del momento. Este único recurso violento pero inevitable en la urgencia de las circunstancias, dió lugar á sacrificios continuados y enormes, que hacía mas dolorosa y terrible aquella crisis, y que solo hubiera podido precaver el gobierno, si menos persistente y firme en su propósito hubiese querido prestar al comercio una mano propicia y auxiliadora. Pero lejos de eso, y muy distante de ceder un ápice siquiera en el plan que se había propuesto, de acabar con el banco y reducir á oro y plata la prodigiosa circulacion del país; creyendo que era llegado el momento de su triunfo, espidió una circular para que las ventas de tierras del gobierno se verificasen todas en metálico, sin admitir en pago ninguna otra especie de moneda.

A mas de que por medio de esa circular no era posible conseguir el objeto que se había propuesto el gobierno, ni que tampoco se evitase la especulacion escandalosa que se hacía sobre esas tierras, y que nunca fué mas chocante, porqué al cabo todo venía á reducirse por ella á conceder á los partidarios del

gobierno las facilidades que antes eran comunes; se produjo además el mal con esa disposicion de que el oro y la plata se trasladasen de las ciudades marítimas y litorales á donde eran realmente mas necesarios, y en que se ha de sentir particularmente su falta, hacia las del interior, en que no era tan indispensable; agravando en las primeras la escasez que ya se notaba, y que obligó á recurrir á medios violentos y en extremo dolorosos, sin otra ventaja, como ya antes lo hemos dicho, sino la de que los agentes del gobierno, de acuerdo con los bancos en que tenían sus depósitos, fuesen los únicos compradores de esas tierras, no aumentando por eso el numerario circulante; porqué le bastaba y se les admitía en pago un simple certificado de aquellos bancos, que se reputaba por el gobierno como un equivalente del oro y de la plata, de que eran los depositarios. Así esta medida, lejos de favorecer su idea dominante y alejando el numerario de los lugares, donde mas se necesitaba, vino á multiplicar los apuros de las ya demasidamente críticas circunstancias en que se encontraba el país.

La ley pasada en el congreso, á pesar de la resistencia del gobierno, para la distribucion de los fondos sobrantes, fué ejecutada de la manera mas violenta y perjudicial que se calculó con el solo objeto de hacerla odiosa y del todo ineficaz en sus resultados, ya que vencido en la discusion, no le quedaba otro recurso para poder llevar á cabo sus miras. Con este motivo se adoptó el sistema irregular y estravagante de tener en continuo movimiento dichos fondos, trasladándolos de un lugar á otro sin objeto ni razon determinada, y con la sola intencion de poner en imposibilidad á los bancos, en que se constituían aquellos depósitos, de que pudieran continuar sus facilidades para con el público, por el constante temor en que se encontraban de que en el momento menos esperado ocurriese el gobierno á realizar y á exigirles el reembolso en numerario: circunstancia que acabó de paralizar los cambios interiores, y que hizo llevar á su colmo la desorganizacion que ya se esperaba en el comercio, sin que valiera de nada á los bancos, ni pudieran utilizarse de los fondos que tenían en otra parte, ya que por la misma exigencia con que se les hacía el reclamo en especie no les era posible cubrirlos con aquellos.

Así por esta serie de actos gubernativos destruido el banco general del Estado que servía de regulador á los otros, se abrió un campo inmenso para los abusos que estos hicieron de

su crédito. Y como al mismo tiempo y por un propósito coincidente, trasladando á ellos el depósito sobrante de las rentas que quedó en la pasada administración, después de cubrir sus gastos y amortizar la deuda extranjera, se les proporcionó mayor número de facilidades para estender sus especulaciones fuera de los términos que le prescribían su propio interés y la conveniencia del país; y como á consecuencia de tan profusas é irregulares negociaciones, las instituciones monetarias de Europa llegaron á alarmarse con la extraordinaria esportacion del oro y de la plata, que se hacía á los mercados del Norte en fuerza de la disposicion tomada para que las indemnizaciones, que le debía la Francia y otros países, le fuesen remitidas en metálico y por la forzosa necesidad en que se vió el banco del Estado de negociar con aquellos sus créditos en el propio metálico: fué casi imposible ya á los especuladores evitar la reaccion que se experimentó sobre los frutos, una vez que empezaron á rehusarse por el banco de Inglaterra y sus demás corresponsales, las seguridades americanas y que cayó en descrédito su papel.

De aquí tuvo origen esa necesidad en que se vieron de forzar el mercado con sacrificio manifiesto de sus intereses, y de hacer continuadas, y ruinosas negociaciones, único medio que les quedaba para salir de sus compromisos, agravada esta calamidad por el desacierto de dirigir el numerario de los puntos en que era mas indispensable para otros en que hubiera sido menos sensible su falta, por medio de esa circular sobre la venta de las tierras del gobierno, como ya latamente se espuso.

De este modo se multiplicaron las desgracias del comercio llegando al extremo su desolacion; y falto de socorros y careciendo de los auxilios que debiera prestarles el gobierno, el resultado de todo ha sido que quedando postrada la inmensa multitud de los que especularon con tanta imprudencia, y los que con ellos estaban comprometidos, será en adelante imposible que vuelvan á restablecer su antiguo crédito: dando al fin esta última é importante leccion de la necesidad que se tiene, y no puede ya desconocerse de que exista en bien del comercio un regulador que contenga los abusos peligrosos del crédito.

Al cabo el país nuevo y vigoroso va reponiéndose de dia en dia del pasado quebrantamiento con toda la presteza y facilidad con que se levanta un joven y recobra las fuerzas perdidas por una grave y tenaz enfermedad, pasando por decirlo así,

y casi sin el intervalo de la convalecencia al estado de la mas completa robustez. Entre tanto los sobrantes del g. bierno han desaparecido, y su papel que al principio se tomaba con un premio sobre el de los bancos ha llegado á valer menos, no obstante el interés que promete: y es probable que equilibrándose por último el precio de aquellos con el efectivo, que va en el día solo tiene una diferencia insignificante; podrán por fin los bancos reasumir sus pagos en numerario, y poner la circulación en el mismo pié en que se encontraba en sus principios; obran lo por sí, con sus solos recursos y sin mas auxilios que el buen juicio y la sensatez del país, que si fué seducido con falsas ideas de prosperidad, imposible de realizarse por otros medios distintos de aquellos que se la han procurado hasta ahora; ha vuelto ya al verdadero camino para no apartarse jamás de esta senda; convencido, como lo está, de que toda desviacion de estos principios lejos de realzar al comercio, conducen necesariamente á su ruina. Así hemos concebido nosotros ese acontecimiento, y si nos equivocamos en la explicacion de sus causas mas inmediatas, habremos al menos ofrecido á otros la oportunidad de desenvolverlas con la plenitud de luces y de conocimientos que seguramente demanda su importancia y de que por nuestra parte carecemos.



SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION QUINTA.

DE LO SUBLIME.

Todo lo que engrandece el alma admirándola, aterrándola ó conmoviendo los afectos de manera que no podamos dominar nuestras sensaciones, es sublime. Lo mas grande y elevado que conocen la elocuencia y la poesía, que no puede prepararle el orador ni preveerle quien le escucha. ¿Qué explicacion no será fria tratando de la mas fuerte y rápida de las sensaciones, producida por la naturaleza, oida por el entusiasmo? Cuando Napoleon con un puñado de valientes se halló aislado contra un ejército numeroso de fellahs, genizaros y mamelucos que mandaba Mourad-Bey en el Egipto; volviose á los suyos diciendo: "Pensad soldados, que de lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan." Y un grito general fué la respuesta, porqué Napoleon fué sublime, y lo sublime arrebató á los mortales. Así, dice Longino, que nuestra alma se eleva, se transporta fuera de su centro llenándose de una alegría orgullosa como si animada del mismo sentimiento, produjera lo que oye y le entusiasma.

Su conmocion grave y severa , se distingue mucho de la alegre y jovial producida por lo bello: este puede confundirse con lo grande , pero uno y otro desaparecen ante lo sublime, como los astros á la presencia del sol.

Se diferencia tambien de ellos en que no tiene mas que un grado, mientras los de los otros pueden calcularse al infinito. Una grandeza estraordinaria le forma alguna vez , pero no la reconoce por cualidad indispensable. Ni confundamos con B'air lo grande y raro con lo sublime: ¿Quién no se admirará al ver dar este nombre al estrépito del cañon, al del trueno y á todo lo que no tiene fin aunque sea una reunion interminable de números?

Algunos confunden lo sublime con la viveza del afecto, sin reflexionar que la cólera en su mas alto grado de viveza no es sublime: otros con la majestad y brillantez de los objetos, señales mas propias de la belleza que alguna vez caracterizan.

Para mayor claridad estudiaremos lo sublime en los objetos, las imágenes, los pensamientos y las afecciones, dando por establecido que ni la imaginacion , ni el entendimiento conciben nunca cosa que pueda superarle.

Sublime de los objetos.

Tenemos en la naturaleza algunas cosas constantemente sublimes, como el firmamento, á lo que contribuyen su extension interminable y las ideas religiosas que recuerda, los grandes precipicios, cataratas y volcanes , algunas moles inmensas que compara el hombre con su debilidad; y otras que solo de tarde en tarde se presentan. El hombre á quien la mar tranquila y majestuosa , un cielo despejado y la serenidad del aire apenas conmovían; al oír el fragor de las tormentas, al ver desplomarse las cataratas del eterno, al escuchar el mugido de las olas y el estallido del rayo, serpeando acá y allá sus relámpagos deslumbradores: se aterra al ver la naturaleza conmovida, y rinde homenaje al Omnipotente que la trastorna á su alvedrío.

La oscuridad, la soledad y el silencio, disponiendo nuestra alma al terror , la encaminan á la sensacion de lo sublime. Así los poetas cuando quieren valerse de lo patético, nos pintan escenas con aquellos caracteres : han visto los efectos que nos producen las montañas ennegrecidas , los lagos solitarios,

las antiguas selvas, las ideas imperfectas que tenemos de la divinidad, y hábiles y estudiosos nos esponen entre nubes y con el sello de la vejez y del desorden lo que desean haga fuerte impresion en los sentidos.

Sublime de las imágenes.

No puede confundirse con lo sublime del afecto, porque aquellas pintan cosas sin pasion ni movimientos propios, y hablan mas á la inteligencia que al corazon; ni con la sublimidad de los conceptos, por las figuras alegóricas del cuadro que tratan. *El mundo entero iba á sumergirse en las tinieblas de la idolatría.* dice Bossuet, y no puede concebirse imagen mas enérgica y adecuada. Lo mismo es la de Ribja en las ruinas de Itálica:

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano
“Ante quien muda se postró la tierra.”

Herrera en la cancion á la muerte del rey D. Sebastian, trae esta otra, sacada de la Biblia:

Y el santo de Israel abrió su mano
Y los dejó y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero.

El maestro Leon nos ha dado tambien otra bellísima pintura en su oda *Contemplacion del orden del universo.*

¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.

“Y entre las nubes mueve
Su carro Dios lijero y reluciente
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente
Treme la tierra, humíllase la gente.”

La pintura de Dios, armado del rayo y aterrando á los mortales es una imagen sublime; la de la tempestad es bella,

Sublime de los pensamientos.

No solo consiste lo sublime de un pensamiento en la idea que espone, sino en las que envuelve y calla. Asi alguna vez estriba en lo vago del concepto, como cuando dice La Rue pintando el estado del pecador después de la muerte: *No teniendo sino el pecado entre su Dios y él y viéndose por todas partes rodeado de la eternidad.* Bossuet, continuando la relacion de que el universo iba á sepultarse en las tinieblas de la idolatría, acaba: *Y todo era Dios, excepto Dios mismo;* pensamiento digno de orador tan grande! En el génesis refiere Moisés que Dios dijo: *Sea la luz, y la luz fué.*

Dijimos que la sublimidad de un pensamiento suele consistir en lo que calla. Sófocles nos presenta en Edipo maravilloso ejemplo: asesino de su padre y esposo de su madre, al ver los hijos que con ella tuvo presentársele al aclarar sus crímenes y en los momentos terribles en que solo el suicidio era su esperanza; el amor de padre le domina, corre á estrecharlos en su corazon por vez postrera, y: *acercaos y abrazad á vuestro....* dice. Lo sublime está en la reticencia. Lo mismo resulta en la siguiente descripcion. *En medio de una noche tempestuosa,* cuenta un viajero, *vimos otro buque á la luz de los relámpagos que luchaba como nosotros contra la tempestad: de repente en las tinieblas oímos un grito espantoso, y después nada se oía sino el ruido de los vientos y las olas.*

Sublime de los afectos.

Entre las maravillas de lo sublime, una de ellas es, que los afectos acreedores á este nombre, son tranquilos; y lo que nos eleva es el poder de un alma que dominando los movimientos instintivos les guía en todas sus acciones. Aria se atraviesa el pecho para dar á su marido el ejemplo de una muerte heroica: sácase el puñal y se lo presenta diciendo: *Peto, no duele.* Representando al hijo de Horacio las lágrimas que su muerte causaría pereciendo en el combate, responde con sorpresa: *¿Me llarareis muriendo por mi patria?* Curiaqueo rechaza los halagos de su amante, que se oponía de'endiese á Alba, valiéndose de los derechos de su amor, con estas espresiones: *Fui de*

mi patria antes de ser tuyo. Augusto después de convencer á Cinna de la conjuración que le tramaba, dice: *Seamos amigos, Cinna, yo te lo pido.* Estos afectos son sublimes, porque Aria es superior al miedo de la muerte, Horacio al temor del enemigo, Curiacio al amor, Cesar á la venganza, y todos á las pasiones y virtudes comunes.

El silencio es la espresion sublime de muchas de nuestras afecciones, porqué retrata con fuerza el desprecio y la indignación. Con él responden Ajax á Ulises y Dido á Eneas en su bajada á los infiernos. Cuando el famoso partidario de la lig francesa, Bissi Leclerc, se presentó al parlamento con sus satélites y mandó á los magistrados declarar en destruidos los derechos de la casa de Borbon, ó le siguiesen á la Bastilla; nadie le responde y en ademan de seguirle, todos se levantan. ¿Hay palabras mas fuertes que su elocuentísimo silencio? Estos afectos virtuosos elevan sobre sí misma la naturaleza y, como dice Séneca, fortalecido con ella, resplandece el hombre en su debilidad, con la constancia de un Dios. *Si el universo se desplomara en la cabeza del justo, su alma quedaría inmóvil mirándole caer.* La pintura de esta tranquilidad contrastada con la violencia del mundo despenado, es la imágen; y la idea de la inmovilidad del justo, el afecto sublime.

La tragedia y el poema épico que desarrollan una acción gran le é interesante, que representan pasiones fuertes y agotan los recursos de lo patético y lo asombroso, abundan en estas afecciones rápidas como el rayo; y si una palabra las pinta con energía, lo que es difícil y por lo mismo mas apreciable, llega á su colmo el encanto. La dificultad de hallar estas palabras que manifiestan una combustión tan grande, se debe á la sencillez y no al estudio. ¿Cuales mas comunes que las de *morrir, yo, quien te lo dijo?* Pues con ellas Corneille y Racine inmortalizaron sus Horacios, Medea y Andrómaca.

Debemos distinguir lo sublime del estilo que se llama así ó del tratado de la sublimidad. Lo sublime es un rayo impetuoso lanzado por la pasión ó la osadía del ingenio. El mérito del estilo que le describe, consiste en no debilitarle, ni dañar al efecto que solo produciría si las almas pudieran comunicar sin la voz. La máxima de Aristóteles: *para no necesitar del trato humano es preciso ser un Dios ó un bruto*, es un pensamiento sublime, bien simple en las palabras. Esparcidos en obras de lectura insoportable, son los relámpagos de una noche

tenebrosa. Hállanse rasgos sublimes en Séneca, Shakespeare y Victor Hugo, lo mismo que en Homero, Demóstenes y Virgilio: quien tiene alma grande y apasionada les produce, y no los halla un Ciceron. Fué una mujer de la infima clase la que contestó á un sacerdote que para consolarla esponía el sacrificio de Isaac dispuesto por su padre Abraham: *Dius no le hubiera exigido de su madre*. La sublimidad al contrario se logra á veces con los preceptos del estilo sublime y consiste en ideas nobles, oportunas, manifestadas con pureza, energía y precision, abundante de imágenes y de movimientos heróicos; estilo que aunque sublime, puede no pintar cosas que lo sean.

¿Hay pues arte que nos enseñe á hacer cosas sublimes? Si se entiende por arte un conjunto de observaciones sobre los actos del enterdimiento y de la naturaleza, ó sobre los modos de excitar á las personas de ingenio elevado é inclinadas naturalmente á lo grandioso y lo admirable, á que produzcan rasgos que merezcan aquel nombre; si hay un arte de lo sublime. Pero si se entiende por él una reunion de preceptos que le infundan: semejanste arte no existe. Lo sublime es el eco de un alma grande. se debe á la naturaleza y es un don del cielo: no solo consiste en la belleza estraordinaria de un objeto, sino en la impresion que hace en el orador: y como no se pueden aprender ni enseñar estos movimientos, porqué nacen de sí mismos á la vista de las cosas, sin que lo apercibamos y á menudo contra nuestra voluntad ¿qué arte puede dar un corazon y natural sensibles? Depende de alguien ser conmovido cuando se le antoje y serlo precisamente en el grado y modo que pida la grandeza del negocio? Puede un hombre hacer que nazcan en sí los afectos heróicos que solo la magnanimidad inspira? No negamos que se pueda fortificar y alimentar el alma con el hábito de llenarla de sentimientos honrados y nobles. pues quien se ocupa en pequeñeces no hará cosas dignas de la admiracion humana, ¿mas donde se aprende á concebir con fuerza?



SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MARIANO O LA EDUCACION.

SEGUNDA PARTE.

Eran las doce de la noche, quizás algunos minutos mas, cuando el perro Galafre ladró repetidas veces, y Trinidad, el negro de confianza, hermano de leche de la niña, y que ejercía las funciones de portero en casa de D. Vicente, que aun no había ascendido á tener un blanco, haciendo cigarrillos en el vestíbulo de su puerta; cuando este Trinidad, pues, gritó: ¿Quién es? qué hora es esta de llamar así? porqué con efecto llamaban recio y á menudo sin considerar las tinieblas de la noche, y el sosiego de una casa de tantas reverendas.—Es el sereno: abre, Trinidad; abre, que soy yo.—El sereno, ¡tan tarde y con tanta gente!... Sube corriendo el agitado negro á despertar á su señor, que ya se había echado de la cama y puesto un capote de abrigo, para no *pasmarse*, como le observó Da. Marcela, que á pesar de tanto ruido no había tenido por conveniente moverse, porqué era muy propensa á fluxiones y resfriados.... ¿Quién es? qué quieren? preguntó D. Vicente con inquietud.—No lo sé, le respondió el negro, venía por la llave,

porqué he conocido al sereno de esta cuadra, y viene con mucha gente, y aun juraría que había oído fusiles.—¡Fusiles! gritó Da. Marcela desde su cama; y en esto llamó á media docena de negras para que le diesen lo necesario para vestirse, mientras Trinidad con otros dos negrazos de armas tomar y D. Vicente habían bajado á abrir.—¿Y Mariano? preguntará el lector:—estaba en su cuarto bastante apartado, y apenas había sentido aquella barahunda.

—Sr. D. Vicente, perdone vd. la incomodidad, dijo luego que se hubo abierto, un caballero con uniforme militar y distintivo de oficial; somos mandados, y no podemos prescindir de obedecer las órdenes de nuestros superiores. Y el comisario de barrio, un escribano, algunos alguaciles, la tropa y el sereno, todos entraron de rondon, ocupan las avenidas, y toman una actitud mas que sospechosa.—Pero Señor, clamaba D. Vicente, ¿qué órdenes son estas? de qué se trata? se allana así la casa de un buen servidor de S. M.?..... Con todas esas frases de costumbre, que no solo se dicen donde hay razon para ello, sino hasta donde menos debieran invocarse.

—¡Jesu-! qué tragedia es esta! gritaba Da. Marcela que ya se había unido á la comparsa, y aun hasta el Señorito se había echado una *blusa* y puéstose su birrete, y en pantuflas y pantalón ancho, se había venido al ruido no recelando sin duda que él era el protagonista de aquella escena.—¿El Sr. D. Mariano Menchaca? preguntó el oficial.—Un servidor de Dios y de vd., respondió D. Vicente señalando á su hijo; pero Señores, no podré saber...?—Demasiado lo sabrá vd., Sr. D. Vicente, le dijo el escribano que hasta entonces había guardado silencio.—¡A mí! exclamó el jóven de la *blusa*; ¿qué tengo yo que ver con estos Señores á media noche?—Por la vírgen de Regla que se expliquen vds., gritaba Da. Marcela toda aturdida y temblando. El ayudante tomó entonces la palabra y dijo á poco mas ó menos:—Se acusa al Sr. D. Mariano de haber salido desafiado esta mañana con D. Emilio Anzicochea, resultando la herida de este....—¡Dios mio, una herida! exclamó Da. Marcela.—¡Un desafío! gritó D. Vicente.—*Bah!* dijo Mariano, yo creía que era otra cosa; un lance de honor, un *encuentro* entre dos hombres de *corazon*..... Si oye uno especies aquí....—En fin, añadió el ayudante, vd. puede tomarlo como guste; pero S. E. que no lo toma así, manda que vaya vd. á la Cabaña, á donde decorosamente y como corresponde á la con-

sideracion y buen concepto de su digno padre, siga este asunto los trámites....—¡Cómo! ¿nos van á envolver en papel sellado? gritó D. Vicente.—En papel sellado, respondió con sorna el escribano, pero no para usarle como si fuese una costilla de carnero.—¡El infame! gritó don Mariano, ¡haberme delatado así!—No, señor caballerito, continuó el ayudante; nadie le ha delatado á vd., y menos la persona á que alude y que yo creo sea el herido; este nada ha declarado, nada quiere declarar; pero algunos testigos, y otras indicaciones le acusan con demasiada evidencia para que la autoridad pueda ni por un instante dejar de proceder en justicia.—Pero al fin, añadió Da. Marce a, alguien daría parte á la justicia, porque si no..... —Señora, el cirujano que curó á D. Emilio; exclamó el escribano ya un poco amoscado de tantas preguntas y respuestas.— Los cirujanos tienen una rigurosa obligacion, añadió el ayudante, de dar cuenta de las heridas que curan bajo su mas estrecha responsabilidad, y aunque la del jóven D. Emilio no es de consideracion, al fin el facultativo no pudo dispensarse de cumplir con este deber.—¿No es de consideracion? preguntó Mariano; lo siento; le tiré una *flanconada* que me la hubiera envidiado Mr. *Perce-au-cœur*, mi maestro de esgrima del último colegio en que estuve en París.— Es decir que vd. confiesa paladinamente que le tiró la *flanconada*, ¿no es verdad? *Habemus reum confitentem*; esto aligerará mas la causa de lo que parece.

—Y vds. se llevarán al hijo de mis entrañas á estas horas y con tanta humedad, dijo Da. Marcela, á atravesar la bahía y encaramarle en lo alto de la Cabaña?—En lo alto no, dijo el escribano, probablemente será en lo mas bajo.—¡Yo no sé lo que pasa por mí!.... Imprudente! exclamaba D. Vicente con dolor é indignacion, todo á un tiempo; porque al fin era padre. ¡Necio! un desafío!... ¿Sabes lo que has hecho?... —El ayudante para sosegarle le contestó: aun no está justificado que lo sea, lo que aparece es una muchachada, que probablemente con una correccion de algunos dias quedará bastante castigada, y el Señor aprenderá á ser mas cauto en dar *flanconadas*.—Yo no sé donde estoy.... ¿en qué he faltado? Ni yo conozco el suelo que piso, ni los hombres que trato; ¿y esta es mi patria? No, mi patria está donde..... —Donde le enseñaron á vd. á tirar *flanconadas*, dijo el escribano.

Mientras estas exclamaciones, se había ido preparando la ropa y algunos muebles indispensables para la nueva habita-

ción que tomaba nuestro héroe allá por en frente del número 4. La madre gemía y lloreteaba, pero le decía á las negras cuanto habían de hacer, y á los negros cuanto habían de llevar; D. Vicente se había echado sobre una butaca todo anonadado y preveyendo lo que podría resultar á su hijo por su desafío, y á su pobre caja entre escribas y fariseos; y no se sabe en que hubiera parado aquella escena si fastidiado el ayudante del papel molesto que hace en las de esta clase un hombre que tiene dignidad y sentimientos, y el escribano con ganas de irse á la cama, no hubiesen dicho:— Pues Señor, vamos; y poniéndose Mariano un capoton y una gorra de abrigo, habiendo hecho que le llevasen sus libros franceses é ingleses, la mayor parte almanques y diarios de moda, se despidió de su padre que no tuvo corazón para seguirle, y de la pobre de Da. Marcela que quedó con convulsiones entre las manos de una catterva de negras. Amaneció en casa de D. Vicente como en donde no se había dormido la noche antes; Da. Marcela hecha un mar de lágrimas, pero sin jaqueca ni esas garambainas mujéviles, porqué cuando aflige un verdadero dolor no se está para tales embelecos. D. Vicente repasaba en su cabeza, que ya hemos dicho que por los adentros no era muy espaciosa, los medios de conjurar el nubarron que se formaba sobre su bien guardada caja; porqué aunque pleiteó siempre muy poco, tuvo largas y anchas noticias de lo que era pleitear en todas partes, y muy particularmente en esta bendita tierra; ne le gustaba tampoco la idea del mal rato que pasaba su hijo, y de la desazon de toda su casa, amen de las consecuencias que puede tener un desafío, si es que le cogen por donde quema: en fin, después de tomar café, y de haberse aseado algun tanto para ir á ver á algunos de esos prohombres que hay en todas partes, que son el punto de apoyo de una numerosa clientela, ya por sus empleos, ya por su saber, ó ya, aun cuando no haya ni una ni otra de estas dos cosas, por su mucho dinero; se preparaba á salir y mandó..... pero ¡oh sorpresa! Heté aquí en persona a mismo, al mismísimo Emilio, el herido, la causa aunque inocente de todo aquel trastorno, y como se dice en el país, de toda aquella tragedia.

—¡Sr. D. Emilio!.... ¿pues qué.....?—No me diga vd. nada acabo de saber en este instante que mi amigo Mariano ha sido preso, y que yo, aunque tan sin culpa, soy la causa de ello; en el momento he venido para unir mis gestiones á la de vd. y

obtener su libertad, que no juzgo será dificultosa, cuando mi herida es de tan poca importancia, y cuando realmente no ha habido desafío; circunstancia que pudiera dar una funesta gravedad al asunto. Yo vengo tambien, porqué me era indispensable acudir al consuelo de una familia que considero en la mayor desolacion.—¡Ay! amigo D. Emilio, y qué noche tan desagradable!....—D. Emilio, D. Emilio! esclamó Da. Marcela al oir este nombre, ¿y mi pobre Mariano?.. Si el señor está bueno, porqué no me vuelven al hijo de mis entrañas?—Ves tú, Marcela, á pesar de haber sido herido el Señor por nuestro aturdido Mariano, se ofrece á unir sus esfuerzos con los nuestros para libertarle.—¿Es verdad? Ya ves que para tener estos sentimientos generosos no es menester ir aquí ni allí á educarse, sino tener un corazon....—Un corazon, Señora, que le tienen nuestros compatriotas como todo el mundo; y que es un grande error figurarse que inspirándonos ideas y costumbres que no son las de nuestro suelo, y las de nuestras necesidades, ha de palpar así ó de otro modo, segun nuestros caprichos, ó nuestras injustas animosidades.—Dejémonos de estas reflexiones que no hacen mas que atormentarme, vamos á ver á D. Meliton.... él nos llevará....—No, Sr. D. Vicente; D. Meliton no nos llevará á ninguna parte; no se interesará ni un instante siquiera en las desgracias que aquejan á vd. ¡No tiene patria! le parece que es indiferente tenerla; oye hablar de España como de las costas de Africa, oye hablar de Cuba, como si no fuera la tierra hospitalaria que le recibió en su seno, y en donde ha conseguido su bienestar: no se canse vd., D. Meliton no tiene corazon.—¡Ay! es mucha verdad, dijo suspirando Da. Marcela; no tiene el corazon de una madre.—Yo me entrego á vd., dijo D. Vicente, aunque me parece que está muy severo con D. Meliton.—El, él fué, gritó Da. Marcela que estaba exaltada, él fué quien me arrebató mi hijo de nueve años para devolverme después un.... un infeliz que está preso y que me ha de matar si al instante no le vuelvo á ver.

Emilio procuró sosegar á estos dos esposos tan afligidos, cada uno por distinta causa; la madre por sensibilidad tan natural y justa, y el padre por lo mismo si se quiere, pero tambien bastante por el agudo aguijon de esa terrible conciencia que no solo nos atormenta por nuestros crímenes, sino hasta por nuestras imprudencias, cuando la obstinación y las preocupaciones nos han arrastrado á ellas.

Salieron juntos Emilio y D. Vicente para ver á algunos amigos, y después presentarse á los magistrados en cuyas manos estaba el asunto: mientras tanto, Da. Marcela envió á la Cabaña cuantas cosas creyó que podían ser necesarias ó agradables á su hijo, sin olvidar dulces y golosinas, como si fuera un chiquillo de cuatro años; esto la consoló algun tanto, porque le parecía complacer así al objeto de su dolor, y porque la ocupaba con sus negras y negros; numerosa comparsa sin la cual no puede dar un paso, ni ejecutar aun lo mas indiferente, una Señora de la Habana. Después que D. Vicente y Emilio hicieron todo lo que parecía conveniente para conseguir la terminacion de aquel desagradable acontecimiento, pensaron como era natural, en ir á consolar al pobre preso; D. Vicente quería que se retirase Emilio, que á causa de su herida juzgaba que había llevado la generosidad hasta mas de lo que estaba en el órden; pero este se opuso abiertamente.— No corro, dijo, el menor peligro, pero aun cuando fuera así, yo soy, bien contra mi voluntad por cierto, el causante de este mal, y debo sacrificarme por su reparacion. Así pues, se embarcaron, y trasladados á la montaña que el ingeniero Antonely consideraba que el que la dominase, dominaría en la Habana; no estando Mariano incomunicado, porque á pesar de los buenos deseos del escribano, el asunto había tomado sesgo puramente gubernativo; y así no había inconveniente en que le hallasen con toda comunicacion.

La entrevista fué interesante: el padre ya casi libre de los sustos que habían amenazado á su bolsillo, no pensaba mas que en el mal que experimentaba su hijo; este ya se había familiarizado con el leviton de su padre: se abrazaron, y quizás por la vez primera habló la naturaleza en aquellos pechos; tal es el influjo poderoso del dolor y de la desgracia. Mariano abrazó tambien á Emilio, pues sabía que no había sido su delator; y miraba sobre todo en él á un hombre á quien quizás pudo matar, y en cuyo seno penetró su espada, y esta reflexion es terrible en toda alma que no esté endurecida por el hábito de da sangre y de la matanza, después del instante de furor en que corremos contra nuestra víctima.— Creí, le dijo, que te hubiese hecho aun mucho mayor mal, porque una *flanconada* mia... —Ay, mi querido Mariano, ¡y que cosa tan terrible es tirar *flanconadas* á nuestros amigos! le respondió Emilio; olvida esa funesta habilidad, que yo tambien adquirí, porque en esto que se

llama buena educacion, no se contentan con enseñarnos tantas cosas frívolas é inútiles, sino que aun nos amaestran en las que nos son dañosas, en las que nos dan la funesta destreza de matar mas pronto y con mayor facilidad á nuestros hermanos. —Por Dios que tiene razon nuestro amigo Emilio; ya ves que desazon la nuestra hoy, añadió D. Vicente, y cuanto mayor pudo haber sido.... ¿pero cómo sucedió esto? cómo no nos contaste..? —Yo ni lo sé; á estas cosas estamos muy acostumbrados allá en Europa.... —Siempre con tus manías, le interrumpió Emilio: Mariano se incomodó de las palabras vivas, quizás imprudentes, no tengo reparo en confesarlo, que pronuncié en nuestra entrevista en su casa de vd.; me desafió, yo me reí, pero no irónicamente ni por desprecio, sino como quien oye la broma de un amigo que aprecia; insistió no escaseando los insultos.... —¡Oh, sí! yo quería que nos batiéramos ¿qué hubieran dicho de lo contrario mis amigos del café de Tortoni? Qué hubiera pensado toda la Europa?... —Con efecto, dijo el padre, es regular que hubiesen hablado de ello todas las Gacetas y Diarios. —Como por desgracia las costumbres, sobre estos maldecidos desafíos están en contradiccion manifesta con lo que previenen las leyes y con lo que dicta la razon, no pude prescindir ya, infamándome en términos tan fuertes; y aun cuando, sin elogiarme excesivamente por ello, me creo con bastante frescura de alma para haberme reido todavía de estos denuestos y no haber desenvainado la espada contra mi amigo, en el consentimiento de que si no admitía le exasperaría mas, y pondría en el caso de publicar por todas partes lo que él juzgaba de mi deshonor, me hizo desenvainarla contra todos mis sentimientos. —¿Pero cómo? allí mismo? —¡Oh! no, padre mio, los que sacan la espada en los cuartos de las casas es porque no tienen ganas de batirse: salimos al campo. —Salimos con efecto, continuó Emilio; detrás del castillo del Príncipe, lugar funesto, porque con frecuencia se escoge para estas escenas, y en donde lo inculto y agreste de un árido playon tan en contraste con la eterna vegetacion que nos rodea, forma un sitio propio de desolacion y de venganza. —¿Pero solos? —Eso fué muy mal hecho, debimos llevar *testigos*, ó padrinos, como dicen vds. —Yo me opuse á que nos acompañase nadie porque desde luego juzgué que el lance no llegaría á tal extremo, porque no quería darle el aire de un desafío, temiendo las resultas, y en fin, porque siempre me ha parecido una crueldad repugnante arrastrar á un ter-

cero que ninguna parte tiene en nuestros compromisos á un cúmulo de males, solamente porqué es mas amigo nuestro que los otros. En fin, salimos solos, y no es lo que peor ha tenido este lance: cuando hubimos blandido el cruel, el fratricida acero.... — ¡Vaya! no es mala diablura! interrumpió D. Vicente. — Mariano tuvo la funesta ventura de herirme ligeramente aquí, en el costado. — ¡En el costado!.... — ¡Toma! ¿qué se llama una *flanconada*? dijo Mariano, siempre preocupado con sus ideas. — Una *flanconada*, añadió Emilio, que por fortuna encontró una costilla, y no penetró.... ¿Qué sería de tí, cruel amigo, si la espada asesina hubiera corrido mas adelante? — Bajo palabra de honor, que me alegro de que *las cosas se hayan pasado así*; yo te estimo, aunque para decirte la verdad, tus sermones me corrompen: no quieres comprender una cosa, una sola cosa, y es, que yo tengo otras ideas muy distintas que tú, porqué me las han dado, ¿es culpa mia que mi padre me enviara á otra parte á hacerme hombre?..... — Esto es lo mismo que yo te decía en tu casa y que te enfadó, ahora lo confiesas y yo me alegro; ojalá tus palabras produjeran todo el efecto que yo apetezco para convencimiento de todos.... — Sr. D. Emilio, dijo D. Vicente con dolor, hace mucho tiempo que lo conozco; pero no hay remedio. — Eso no diré yo, y me prometo.... — No te prometas nada, Emilio; yo no puedo ser otro que lo que soy, y lo repito, de esto no tengo la culpa.

Así continuaba este diálogo que había tomado un tono de reconvenccion y de amargura, no el mas propio para producir los buenos efectos que deseara Emilio, con sus rectas intenciones; pero era demasiado jóven para saber que el camino que había adoptado para conseguirlos era violento, y que como decía muy bien Mariano, él no podía transformarse á voluntad de sus amigos y deudos; porqué los resultados de la educacion son muy consistentes, como que ha sido una obra lenta y que arraigado hasta lo hondo, no puede destruirse con rapidez, si es que alguna vez puede destruirse. Mas lo que de esto será lo veremos en adelante, porqué hay tela cortada para rato

LAS TORTILLAS DE SAN RAFAEL.

En las poblaciones donde la ilustracion no ha pasado la hoz destructora de la inocencia y de los gustos primitivos, hay ciertos dias donde todos parecen inspirados de un deseo que si se frustrara apareceria como una calamidad pública: deseo sencillo é inocente que se fortaleció con la costumbre de verle siempre satisfecho.

Solo un dia delira al año el vizcaíno con las castañas, el catalan con su mona, el habanero con las tortillas. ¿Qué viejo acomodado no lamenta en la víspera del Arcángel la muerte de alguna tortillera de confianza, de una María de la O que á la hora del almuerzo le mandaba tortillas calientes y jugosas, con que saborear el gusto y obsequiar su familia y sus amigos? Qué habanero no procura saber con empeño el almacén en que se vende la mas fresca y delicada mantequilla, y apura su criado, y hasta con quince dias de anticipacion encarga á la morena se esmere en sus tortillas?

Propios á la verdad son estos gustos de los tiempos patriarcales y ¡desdichado aquel que mira su conclusion! Ella indica el cambio de las costumbres y de la naturaleza é índole de los pueblos. Que otros críticos estudien su historia en las revoluciones y busquen en grandes *in folios* marcar la época y los signos de un cambio fundamental, que yo miraré sus gustos domésticos y apoyaré mi juicio en las causas que influyeron en su alteracion. Estos placeres locales y de familia, no llegan á generalizarse en las grandes poblaciones después de su acrecentamiento, y si existen en la Habana, es porqué comenzó por una aldea; pues la época feliz en que tomó nacimiento el gusto de almorzar tortillas en fiesta tan señalada, se remonta de modo en los anales de la Isla, que por mucho que quieran ponde-

rar la ilustracion de aquellos tiempos, se tendrá que convenir en que formábamos una poblacion insignificante por sus luces, su comercio y su industria.

Pero dando de mano á estas reflexiones filosóficas y estadísticas, pasaremos á tratar de lo que mas nos interesa por ahora.

Tengo un amigo, jóven de 25 años, travieso con las muchachas aunque su entendimiento no sea de los mas alcanzados. Viste siempre á la última, y se ocupa mas de su bien parecer que de los estudios abstractos de la ciencia que cultiva. Y no se crea por esto que es un hombre de hermosa talla ni bellas facciones: es delgado, amarillento, ojos de gato, sin dientes naturales, de nariz afilada y cribada de agujeritos porqué fué mal tratado de las viruelas. Gracioso y divertido si los hay; es el primero en las *poninas*, el mas bailador de todos y muy querido de las muchachas. No quiero acordarme del libro en que leí que la hermosa mitad de nuestra especie ama con pasion los hombres de inteligencia limitada y huye de los muy instruidos. Creo firmemente que este autor romántico se equivoca, y mas aun cuando dice que eso es muy natural, pues las mujeres quieren en su vanidad que los hombres se eleven hasta ellas, y como que simpatizan con los que las miran hechizados y las tienen por el prototipo de la delicadeza, del talento y del buen gusto; mientras que al contemplar un hombre de luces superiores, un poeta *cuya mision desconocen* y al que prefieren un *rostro risueño y puramente material*, observan con odio la distancia á que están de él, y huyen de una compañía que destruye sus ilusiones. A la verdad, concedo que una mujer guste de que los hombres se ocupen mucho de su persona, porqué es seña de que quiere agradarlas; mas decir que repugnen los muy leídos y escritos, es hacer injuria á su talento.

Sea de esto lo que fuere, mi amigo Diego, pues así llaman al sujeto que acabo de describir, se empeñó el 23 por la tarde, en que le acompañara á la salve y á almorzar el 24 tortillas de San Rafael: gustome la proposicion que me hacía y como soy naturalmente inclinado á las mejores, me puse con él á revisar la lista de las familias que nos habían convidado. Esto produjo una discusion interesante, porque él buscaba siempre las muchachas, y yo los buenos bocados: indagar donde se guisa el mejor mondongo para el almuerzo, la mas rica chanfaina, se da Chateau Lafitte ó Chateau Margot, y se escabecha con

maestría el pescado, no es negocio de poca monta para hombres como yo que miran esta vida como una peregrinacion, y tratan de proporcionarse en el viaje todas las comodidades posibles. Si hago bien, deho dar las gracias á mi tío el canónigo, que me enseñó el mejor modo de viajar en este valle de lágrimas; pues si los duelos con pan son menos, solo el buen vino, decía, los hace llevaderos. ¿Pero, y el baile? y la salve? gritaba Dieguito; van á dar las ocho; muévete hombre. Y conviniendo en recorrer las familias para decidir sobre el almuerzo, partimos al Angel casi al tocar la oracion.

Como vivo en la calle de San Ignacio cerca de la plaza Vieja, observamos la multitud de jóvenes que salían de las tiendas apenas el amo se retiraba, y con un peloton de ellos pasamos por San Juan de Dios al ir al Angel. Dieguito me empeñaba á que los siguiésemos á ver el convento iluminado, sus fuegos y otras diversiones que los religiosos del hospital tenían preparadas; mas una sensacion de disgusto se apoderó de mí, no pudiendo gozar cuando á una vara de distancia morían quizá algunos infelices. Quédese San Juan de Dios con sus lágrimas, sus enfermos y moribundos, que yo quiero un ángel que me cura sin boticarios, médicos ni albéitares.

Pronto los arcos triunfales, las flores, las cortinas, las luminarias, varias músicas tocando al mismo tiempo, las mesas de dulces y ponche de leche, la algazara del gentío, la concurrencia de las bellas, la agudeza de los jóvenes, la risa y alegría general, se comunicaron á mi corazon: despedí las lúgubres ideas que momentos antes me afligían, y mas loco que mi amigo; ahí va ese garbo; viva la rubia; ay que jaleo; comencé á decir con una turba de mocitos que perseguían á tres muchachas que iban á la salve con su mamá. Las llenamos los pañuelos de dulces y avellanas antes de llegar á la iglesia, dimos la mano á la Señora, las citamos para comer tortillas al amanecer, y no sé como sucedió que hasta al acabar la salve ni la madre supo de las hijas, ni las hijas de la madre y todas se hallaron juntas en la puerta de la iglesia. Dieguito estaba en su elemento: á esta le decía una cosa, á aquella le tiraba por el pañuelo, hasta que comenzaron los fuegos de artificio apareciendo de pronto en un templo iluminado con mil lanzas diferentes, la bella imágen del arcángel protector de los maridos.

Una música brillante nos atraía á una hermosa casa de alto de donde por solo cuatro reales, alegremente se bailaba. La

lúcida concurrencia que encontramos, las jóvenes bellezas que nos esperaban, todo nos estimuló á participar de aquella inocente diversion. Una danza encantadora rompió el baile, y mi amigo ocupando el primer puesto eligió por compañera una trigueñita, verdadera hija de los trópicos, que con el mayor salero le seguía, y ora se reclinaba muellemente en su brazo, ora saltaba con sus lindos piecitos luciendo la agilidad de sus movimientos y la finura de su oído, y ya con la dejadez propia de la *rueda*, ya con el voluptuoso *cedazo* ó con el vivaz y picanle *paseo* se atraía los aplausos de los hombres y la envidia de sus paisanas. Yo sudaba sin consuelo, y en cuanto acabó la danza dejé mi fría compañera y despejé, diciendo á Dieguito, que á las seis de la mañana nos veríamos. Ni aun podo contestarme, porqué ya comenzaba otra vez la música; y yo después de informarme del mejor almuerzo me retiré á las diez, huyendo del barrio de S. Juan de Dios como el gato escaldado huye del agua fría.

Amaneció por fin el deseado 24 de octubre, y aun no había tomado el café y ya Dieguito me esperaba.—Vamos, chico, que hay fresco y habrá gente, me dijo: la mañana está hermosa y he oído una de cohetes en la loma que si tardamos un poco, se acaban las tortillas. Mas que de prisa tuve que vestirme y cénenos vd. camino del Angel, siguiendo á mil personas y dejando atrás otro millar.

Veinte corros estaban formados á nuestra llegada. Aquí unos cuantos legos de S. Juan de Dios, juntos con varios estudiantes de medicina, engullian tortillas como si fueran confites; allá cien jóvenes en peloton se arrebatan los pedazos; acullá seis cadetes y algunos oficiales no dejaban bicho viviente á quien no dijeran su agudeza; y de contra la algaraz de las vendedoras y los trompicones de los muchachos, formaban tal barahunda que parecía día del juicio. Las jóvenes que recibían sonriéndose las tortillas que le presentaban sus amantes; la oficiosidad de los pretendientes; la alegría de los padres que paseaban en triunfo á sus lindas hijas; los regaños de las madres que llevaron las suyas sin un caballero defensor; las risas de los mozos; la rubicundez vergonzosa de la una; el desenfado de la otra; lo escurrido de las feas que con los párpados cargados de sueño se paseaban sin hallar un alma caritativa que les dirigiera la palabra; y en fin. el despecho de las cuarentonas que en otros años se llevaban toda la atencion; nos tenía elec-

trizados, cuando el grito ¡al ladron! al ladron! nos puso en guarda. Era un mulatico que con la velocidad del rayo se llevaba una pila de tortillas cuya dueña como tigre á quien roban sus cachorrillos iba tras él hasta que desapareció en la multitud. La pobre morena era sin duda primeriza, pues sus compañeras soltaron la carcajada y en lugar de ir en su socorro pusieron en salvo sus tableros. Diez malditos estudiantes que no habian podido reunir entre todos mas que una peseta para gratificar al mulatico por el robo, corrieron al puesto de la infeliz que aun perseguía al ladron, y en un *sancti amen* no quedaron en aquel contorno, estudiantes ni tortillas. Solo halló la morena á su vuelta, el tablero boca á bajo.

Nosotros á prevencion subimos á lo alto de la escalera, y desde allí gozábamos de todo, dando de tiempo en tiempo la mano para bajar ó subir á las mas lindas de las jóvenes que conocíamos, hasta que dieron las ocho y fuimos á almorzar con un rico abogado que nos esperaba. Corrió el buen vino en abundancia y eran las diez cuando dejamos á nuestro pesar la tercera fuente de tortillas que exhalaban un vapor fortificante y delicioso, y nos encaminamos á la iglesia cuyas cinco esquinas estaban mas despejadas.

La parroquia del Angel que se levanta á manera de atalaya sobre la loma de su nombre, es un local donde se disfruta de un temperamento delicioso. Bañada por la brisa, los que asisten pueden elevar sus votos y plegarias al Eterno, sin que el calor los fatigue. En un tiempo fué la concurrencia de lo mas lucido á la hora de la fiesta, pero nuestras bellas jóvenes que madrugan tanto para comer las tortillas, oyen las primeras misas y se retiran á almorzar, contentándose las del vecindario y las que se desayunan con ellas, con ponerse luego á las ventanas, y desde allí ven los que entran y salen de la iglesia, saludan á los amigos y conversan con sus amados si pueden, ó les hacen señas para ellos solos inteligibles.

Recorría yo con Dieguito las vueltas y revueltas de las cinco esquinas, mirando los paseantes y saludando á diestro y siniestro cuantas personas conocía sin detenerme á hablar con ninguna, cuando aquel me dijo que una Señora me llamaba, é hizo como si se alejara de mí: era una viuda de mi conocimiento que me detuvo para preguntarme sobre todas las personas de mi familia: hablábame alto y con franqueza, como quien tiene tan segura su opinion de honradez, que ni el mas pica-

ruelo sería capaz de tenerlo á mal en la familia de la casa donde estaba. Yo que veía su amabilidad, pues la viudita no tiene los treinta años completos, seguí tomando noticias sobre sus hijos que están en el colegio; y quizá por lo tarde no hubiera permanecido allí mas tiempo. si al volverme para huir de una *volante* no reparara que mi D. Diego estaba en sus glorias conversando á la sordina, y en el otro lado de la ventana, con una joven de quince años, sobre quien la volubilidad de lengua de la viudita me había impedido fijar la atencion; mientras que los padres de la niña limpiándose los dientes en el fondo de la sala y no viendo mas que á mí, hablaban de los fuegos artificiales de la noche anterior, de las banderas que izaban al son de la música en el Angel, entonando la *sopa boba* contra los *Juaninos*, y la ensarta de cangrejos que estos movían con una gran farola desde lo alto de San Juan de Dios para irritar el amor propio de los monacillos de la parroquia. Agradome la destreza de la viuda y el modo pulido con que favorecía los amantes; hizeme el desentendido y continué tomando pormenores insignificantes al lector, y tan gratos para la doncella que con su linda cabecita me indicaba su agradecimiento cada vez que al agotarse la materia de los hijos, pasaba yo diestramente al histerico, la jaqueca ó los baños de las *Puentes* de donde se retiraba la viuda. Desdichadamente para los amantes, el padre me oyó decir que iba al sermón, y tomando el sombrero quiso acompañarme. Mientras que su mujer, que era como de 50 años, le decía, "toma Serapio, guarda esas tortillas que están en el papel y me ha dado Da. Teresa para los niños," me fuí para la puerta á esperarle, y mi amigo tuvo que decampar mas que de prisa.

El viejo padre subió conmigo la loma, apoyado en mi brazo, y me di tan buena maña y me cobró tal cariño al notar la delicadeza con que le ayudaba á subir la escalera, que antes de llegar arriba, era mi amigo. Esto no debe causar estrañeza, porqué acostumbrados los hombres de edad á que les huyan los jóvenes poco atentos, calculan de la buena ó mala educación que se ha dado á un individuo por su comportamiento con ellos; en lo cual no se equivocan. Siempre he respetado y compadecido las canas y nunca estoy mas alegre que cuando presto un servicio que me da derecho para exigir otro igual de las generaciones que me han de suceder, si Dios me concede el gusto de alcanzarlas.

Entramos en la iglesia, y ya era tiempo, pues el predicador estaba en la segunda parte del sermón. Por mas diligencias que hize no tuve donde sentar al viejo, pues apenas habría una docena de sillas y los escaños estaban llenos de mujeres, viejas y feas, y muchas de color, que no había mas que pedir. Lo peor del caso es, que siendo tan estrecha la nave, no había cabida para tanto gentío, y vino á formarse una especie de jubileo que nos estropeaba á cada rato. Yo quería á buena cuenta ver las muchachas, pues habíamos tenido que asaltar la sacristía y el *Papá* no me dejaba con los altares nuevos, las gentes de color que llenaban los estrados y que sé yo cuantas cosas; y atravesando el patio me planté detrás de los médicos en la iglesia. Atraíame una linda jóven de ojos grandes y camisita de punto debajo de la ropa, muy modesta, y que por su belleza traía alborotados á tres mediquitos á quienes sorprendí diciéndola: *bendita seas, LA REINA DEL ANGEL*. Sentí que me tocaban en el hombro, y era el bueno de D. Serapio que me avisaba me arrodillase, pues aquellos lindos ojos me tenían sin juicio. Acabose por mi desgracia la fiesta, y mi condescendencia con el viejo me estorbó seguir la muchacha é informarme del lugar de su habitacion.

Como siempre me ha gustado sacar partido de todo, pregunté al viejo cuantos años tenía, y como me dijo que 75, creí que nadie mejor que él podría instruirme sobre el origen de las tortillas. Yo se lo diré á V., me respondió como hombre que se previene á dar una relacion interesante. El principio de las tortillas de San Rafael se confunde con el de la fundacion de esta iglesia. Suba V. al coro y en una viga verá el año de la fundacion, del cual no hago memoria. Fuí incontinenti, pero con la pintura que acababan de dar al techo, había desaparecido la marca: bajé hechando pestes contra los pintores que me privaban de aquella antigüedad. cuando el anciano que la causa de mi pesar supo, me dijo: "No importa, que ya me acuerdo bien de todo. En 1702 fué erigida esta iglesia por el Ilmo. Sr. D. Diego Evelino de Compostela, que dió su nombre á esta calle, y celebró el primer bautismo y confirmacion el 27 de Marzo del mismo año.

Una pobre Señora muy amiga del Religioso que en aquel entonces cuidaba de la iglesia, le mandaba panecillos y tortillas para el desayuno, el día de la fiesta: aquellos se repartían al público, y estas se comian en comunidad. Como las hacía y pre-

paraba á la perfeccion, cada sacerdote gustaba de regalar algunas á su familia. Tuvo la Señora la dicha de que el Angel le concediera por su caridad muchos años de vida, y como se aumentaban los consumidores y los pedidos, resultó que aquello que fué antes un regalo, se hizo luego negocio tambien de granjería. Envió aquí criadas que las vendieran, y como entonces este barrio parecía tan lejos de la poblacion principal, y las mananitas de San Rafael son tan frescas que convidan á salir, toda la Habana venía á pasearse por el Angel, y los jóvenes comenzaron á obsequiar con las tortillas á las mujeres que estimaban, no solo por su bondad sino porque era lo único que había. Y tiene V. que andando el tiempo y tomando unas muchachas por excusa la devoeion, las embarazadas el antojo, y otras el ejercicio, todos los hombres quisieron comprar tortillas y todas las mujeres probarlas á lo menos. Luego comenzaron las novenas, las salves, los cohetes, y en mi tiempo las ferias, y de año en año se conservan las tortillas, sin las cuales la fiesta perdería gran parte de su incentivo."

Pues yo habia oido decir, le repliqué, que esta fué costumbre tomada de los indios. Bah! dijo el anciano, yo he visto muchos indios y no sé que coman tortillas, ni que las sepan componer: ellos toman una especie de *funche* hecho con maíz molido y agua fria: las tortillas son *habaneras*, plato *criollo* y no de los indígenas: así al menos me lo contaba mi abuelo cuando yo era niño.

Con esto le volví á dar el brazo y nos despedimos en las cinco esquinas: él tomó por la calle de *Compostela* y yo por la de *Chacón* me dirigí á reposar en mi casa del trajin de aquella mañana.



SECCION CUARTA.

POESIA.

AL CERRO.

Soneto.

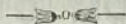
Mansion de gloria do su blando aliento
exhalando la brisa voluptuosa
vuelve el color á la marchita rosa
de los bellos pensiles ornamento;

¡Oh! como templan el ardor violento
de mi pasión insana y borrascosa
tu aire, tus aguas, tu verdura hermosa
tornando al alma el celestial contento.

Aquí una Ninfa de beldad ornada
me hizo perder mi libertad querida
la dulce paz del corazón amada.

La vi y al punto delirante y ciego
sentí en el seno la profunda herida
que amor abriera con su harpon de fuego.

EL DIA DE MORIR.



Hay un día del vivir
mas que todos espantoso,
que se llega sin sentir,
que llegado es horroroso
y en que vamos á morir.

Se apodera lo pasado
del alma en tan duro instante,
y nos trae atormentado,
presentándonos delante
lo que ya estaba olvidado.

Dios, el infierno, la gloria,
el castigo y el perdón,
se agolpan en la memoria,
turban la imaginacion,
que se sumerge en su hi toria.

A cada instante se mira
la muerte que se nos llega,
que con sonrisa de ira
la abatida planta siega,
y opresa el alma respira.

Luego se la ve vagando
por el lecho y por la estancia
y al hombre que está luchando
con ella allí, por el ansia
de vivir! y está espirando!

Otras veces se figura
que su horrible mano toca;
y con gestos de amargura,
frunce el rostro, y en la boca
rechina la dentadura.

Temblando cubre la frente
con los lienzos de la cama,
y acobardado, en su mente,
en santa plegaria llama
al Señor Omnipotente.

Una tregua en el dolor
le anima, le da esperanza,
da gracias al Redentor,
y se figura que alcanza
ya de la vida el favor.

Y escucha atento el sonido
del reloj, que siempre igual,
inquieta el turbado oído,
y le marca por su mal
el tiempo que ya se ha ido.

Mas ya se le vé muriendo:
en espantosa agonía,
los yertos dientes crugiendo,
con mano débil y fría
el aire vago está asiendo.

Y cual se ilumina, y muere otra vez
la luz que custodia sepulcro de horror
en lámpara tosea de duro metal,
de vida un instante le vuelve el dolor,
que arranca el postrero aliento vital:
y muere: y su alma del mundo partió,
y el hombre que vive no sabe dó está,
que cubre el futuro densísimo velo
que en vano pretende su vista rasgar.

Y este hombre que ya no es nada
sino corrompido fango,
fué un Señor de altivo rango
que despreció al infeliz:
y allá en el comun osario,
serán su restos mezclados
á los huesos despreciados
en el mundo, mas no allí;
no allí, porque es la mansión
solo igual que hay en la tierra,
adonde la paz se encierra
porque reina allí la paz:
y adonde es el Rey un hombre
humilde como el pechero....
igual al sepulturero
que pisoteándole está:
y porque el alma se es ida
adonde Dios la destine,
hasta que el mundo termine;
y el mundo terminará:
y en aquel tremendo día
pedirá perdon cobarde,
el que en el mundo hizo alarde
de oprimir á los demás,

J. B. C.

EL PAJARILLO.



En torno á una linda rosa
 ví volar un pajarillo
 que con el pico sencillo
 libar el cáliz tentó:
 inocente sin recelo
 la frente amorosa inclina
 y le recibe una espina
 que el seno le traspasó.

Herido vuela lloroso
 el plumaje sacudiendo
 y en silencio maldiciendo
 la causa de su dolor:
 contempla desde un tomillo
 bañado en llanto la rosa
 y con la voz congojosa
 al viento sus quejas dió.

“Flor que ocultas tras el manto
 de hermosura y candor lleno
 de las sierpes el veneno
 que en tus espinas sentí,
 no mas te amaré traidora
 cual antes tierno y rendido,
 que amante mas advertido
 sabré librarme de tí.

Permita el cielo que un día
 mi llanto mire vengado
 y tu cáliz marchitado
 por rayo ardiente del sol:
 entonces en la floresta
 festivo daré mi acento
 y á tí le llevará el viento
 para aumentar tu dolor.”

Así dice y de repente
 ve su venganza cumplida
 que una mano empedernida
 la bella rosa tronchó.
 Entre los dedos deshace
 las hojas de candor llenas,
 regolas por las aristas
 que orgulloso contempló.

J. B. C.

El ramo de almendro.

(Traducido de Lamartine.)

O vástago florido
del primoroso almendro,
tu eres de la belleza
símbolo verdadero:

La flor de vuestra vida,
como tú, va corriendo,
y brilla y se marchita
dentro de poco tiempo.

Ya bien se le desdène,
ó estime con aprecio,
y el amor con sus manos
la tome azas contento;

Ella al fin se deshoja,
cual los placeres nuestros,
que de uno en otro día
siempre vienen á menos.

Tan fugaces delicias,
dulce prenda, gustemos,
y al zéfiro lascivo
robemos su recreo:

Agotemos al punto
los cálices risueños
de estos suaves perfumes,
que duran un momento.

La efímera belleza
se parece por cierto
á una flor de mañana,
que adornado el cabello,

De nuestra frente helada
cae de súbito al suelo,
acabado el convite,
sin llegar al festajo.

Fenece pronto un día,
mas otro nace presto,
la bella primavera
se acerca al fin postrero:

Y cada flor hermosa
que lleva raudo el viento,
nos dice con voz suave,
que del placer gocemos.

Y pues al cabo todo
muere en el universo,
y para siempre acaban
estos dulces recreos;
Que las fragantes rosas
que causan mi embeleso,
salo bajo sus labios
las aje un amor tierno.

Junio 2 de 1838.

DESVAL.

TU SONRISA.



Muy mas grato que en siesta calurosa
del aura fresca el regalado aliento,
mas que e aroma que fragante rosa
ufana espatee al vagoroso viento,
mas que el blando ruido
que forma en los verjeles dulce brisa
y que el descanso á disfrutar provoca,
es para mí en tu boca
ver asomada virginal sonrisa.

Cuando me miras con feliz ternura
y amorosa sonries, dentro del seno
á caudales derramas la dulzura;
y de entusiasmo lleno
vírgen angelical, yo te bendigo
y anhelo solo respirar contigo.

Tu sonrisa inocente
emblema de tu amor, de tu ternura
calma del pecho el afanar ardiente
y del alma la fúnebre tristeza.

Y es para mí mas dulce
que del sol tropical la luz primera
cuando con rayos de carmin y de oro
bello matiza la natal ribera.

Y brilla tu sonrisa
como se ve brillar en los verjeles
la lágrima del alba en los claveles.

Iselia virginal, ledó bendigo
tu hechicero sonrir que te hermosea,
él calma mi dolor; él algun día
tambien emblema de ventura sea.

Emblema de tu amor y tu alegría
cuando ya unidos con eterno lazo
duerma el sueño de amor en tu regazo
y sea tuyo mi bien, y tu seas mia.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LAS MUJERES.

La naturaleza quiere que amemos, pero respetando á las mujeres. Ellas son la obra mas bella de la creacion, el mas dulce lazo de la sociedad, la primera necesidad del corazon.

El nombre solo de mujer mueve el alma, dice M. Demahis; sin elevarla siempre, son la causa de mil ideas agradables que un momento después se convierten en sensaciones inquietas ó sentimientos tiernos; y el filósofo que cree contemplar, no es bien pronto mas que un hombre que desea ó un amante que sueña.

Las mujeres no difieren menos de los hombres por su corazon que por el espíritu, el talle y la figura; pero la educacion ha modificado sus disposiciones naturales en tantas maneras, que mientras mas observaciones se hacen sobre sus costumbres, menos son los resultados.

¿Quién podrá definir las? Todo, á la verdad, habla en ellas, pero un lenguaje equívoco. La que parece mas indiferente es algunas veces la mas sensible: la mas discreta pasa frecuentemente por la mas falsa. Siempre prevenidos, el amor ó el despecho dicta los juicios que de ellas formamos: el que mejor las ha estudiado, creyendo resolver problemas, no hace mas que proponer otros nuevos. Hay tres cosas, decía un filósofo, que siempre he amado mucho, pero que jamás he conocido; la pintura, la música y las mujeres.

Se las acusa de disimulacion , ¿pero es esta culpa suya? Ellas son débiles, están siempre cercadas de peligros ; no tienen otras armas para defenderse de un enemigo que las ataca sin cesar y por todos los medios posibles , que sus lágrimas ó la astucia. ¿Cómo han de ser discretas? son curiosas. ¿Y cómo dejarían de serlo? se les hace un misterio de todo; y no son llamadas ni al consejo, ni á la ejecucion.

He leído que de todas las pasiones el amor es la que conviene mas á las mujeres. Lo que por lo menos es cierto es que llevan este sentimiento á un grado de delicadeza y vivacidad desconocida á la mayor parte de los hombres. Su alma parece no haber sido hecha mas que para sentir y para amar.

ME ESTOY FOMENTANDO.

Difícil será hallar una frase de uso mas comun, ni tan generalizada en el dia como la que sirve de epígrafe á este artículo. No hay clase á que no pertenezca, ni persona por insignificante que se la suponga que no la hubiese empleado, y á quien no se le haya devuelto infinitas ocasiones en la vida. Ella sirve de recurso en los momentos de mas apuro, y es como el encubridor obligado é indispensable de los defectos y vicios mas chocantes del carácter. ¿Porqué el caballero tal y la señorita cual, á pesar de toda su fortuna, viven como ignorados en sus casas, sin ostentar aquel porte rico y brillante que tanto agrada á los de su clase y lisonjea su amor propio? No es necesario preguntarlo : si ahora no hacen otros gastos es porque necesitan tener por un poco de tiempo alguna economía; en suma porque *se están fomentando*. ¿Cómo es que el orgulloso Filemon, después de una vida tan agitada y llena de movimiento, y cuando hubo un tiempo que era el alma de los placeres y de la sociedad que le halagaba, se ha condenado por su propia eleccion al recogimiento de su finca, desapareciendo del bello mundo para ocultarse en una medianía que tanto eclipsa

su antiguo esplendor? Antes fué el hombre mimado de todas las reuniones, el promotor de los festines y de las partidas de recreo; se le hallaba en todas las fiestas, compartía su tiempo con una afanosa economía entre el juego, la danza y las mujeres; era en fin el héroe del día, el favorito del público. Fugaz meteoro brilló por un momento, y oculto ya en su orbita ha desaparecido para no volver á lucir en su carrera tal vez en mucho tiempo. ¿Qué le ha obligado á semejante transformacion? Sus negocios se complicaron, sus rentas no igualaban á sus gastos; se vió forzado á tomar dinero á crédito; está arruinado en fin, y *necesita fomentarse*.

¿A quién pertenece aquel soberbio edificio que descuella por entre la multitud de los que se descubren á nuestra vista? Por la elegancia de su arquitectura, la suntuosidad de sus adornos, el lujo y la rica profusion de sus muebles, pudiera muy bien competir con los palacios de los reyes. Una tropa de criados dóciles y bien vestidos están prontos á servir los menores caprichos de su feliz habitador, y estudian sus gestos para seguir por ellos su voluntad. A su puerta se ostenta un brillante carruaje que tirado por briosos corceles harán temblar el piso luego que tomando de él posesion su opulento señor dé la señal de partir al humilde cochero. En su noble ademan, en su porte, en la magnificencia de sus vestidos, en la inmensidad de su comitiva se ve al rico potentado, al poderoso Orgonte que cuenta sus propiedades por el número de sus años. Es el accionista general de los teatros, el sostenedor de todas las sociedades de recreo; y emplea sus fondos en cuantas empresas se abren para mantener el lujo y la afeminacion. Se ocurre á su casa para implorar su generosidad á favor de un miserable, ó por alguna suscripcion para objetos de público provecho; y se queja de la escasez de sus entradas, y habla de la necesidad de poner orden en sus gastos, de adoptar mejores arreglos y de reducirse á lo meramente preciso. Da en fin, porqué su nombre debe figurar por todas partes; pero lo hace con notable parcimonia, pues que piensa de nuevo *en fomentarse*.

La jóven Laura es tan bella como virtuosa: hija de unos padres que la adoraban, y favorecida por la naturaleza con todas las gracias que adornan la juventud y la hermosura, recibió de la educacion mas esmerada y cuidadosa cuantos encantos podían concurrir á perfeccionarla. Era buscada por los jóvenes de mas notables proporciones; pero á pesar de todas sus

riquezas y de sus constantes obsequios, ella no amó apasionadamente sino al dichoso Hipólito, que un poco mas adelantado en edad y no menos amable, supo interesar su corazón. Han obtenido hace mucho tiempo el consentimiento de sus familias para poder realizar su matrimonio; y esa union tan deseada y por la cual tanto habían suspirado y de que se prometen una suprema felicidad, va retardandose mucho mas de lo que exigía su singular apresuramiento. ¿Por qué Hipólito dilata así un momento tan delicioso y priva á su amante de la dicha que le ha prometido y de que otro le habría colmado ya? El no se explica determinadamente, mas se deja comprender que aun no está preparado, que *se está todavía fomentando*.

Es admirable la estrema movilidad y la agitacion constante en que se ve por todas partes al infatigable Lisandro: no hay nadie que se ocupe como él al mismo tiempo en tan diferentes empresas: su estado de créditos pasivos, puede servir ya para figurar honoríficamente en mas de un concurso: todos le buscan y él anda en pos de todo el mundo. Toma dinero á todas manos y aunque abusa de sus pedidos halla todavía viejos usureros que le prestan con buenas hipotecas á un interés que todas sus ganancias no bastarían á llenar cumplidamente por favorable que sea el viento que sople á sus proyectos. Con mas juicio aun podría dar punto á sus negocios, entenderse con sus acreedores, liquidarse con ellos y asegurarse una fortuna bastante capaz de contentar los deseos de un hombre moderado. Proponerle semejante partido sería irritarle: descubrirle el abismo en que va á sumergirse, fuera lo mismo que presentar al enfermo el agua en el acceso de la rabia. Todo tiene su tiempo y oportunidad: todavía no es llegada para Lisandro la hora del arreglo y liquidacion, aun *necesita fomentarse*.

¡Qué inmenso cúmulo de deudas tiene contra sí el arruinado Menalipo! Solo sus acreedores podrían componer un ejército mas numeroso quizá que el de un pequeño príncipe alemán. Quisiera aun aumentar su fuerza, pero todas las puertas le están enteramente cerradas, y no es su culpa si ya no puede engrosar mas las filas de aquellos. Ha tenido en el curso de su carrera dos ó tres suspensiones de pagos: y diestro y sagaz jugador de manos, y auxiliado con todo el saber y la pericia de su abogado, supo siempre salir bien puesto por hábiles movimientos estratégicos de una guerra que suele ser de muerte para otros. Se ha acostumbrado á mirar como otros tantos enemi-

gos á sus acreedores, y estos le devuelven sus hostilidades. Ultimamente se habían irritado contra él, y como pretenden ponerle á sitio, dicen que se propone parlamentar: es probable que ofrezca que larse con los bienes para administrarlos, y que mientras *los esté fomentando*, se le otorgue un armisticio que alze aun su fortuna. Lo cierto es que no puede por de pronto pagarles, y que es menester que le concedan nuevas esperas para que acabe de una vez de *fomentarse*.

Tal es el extraño abuso que se hace por los que menos debieran de una frase que en la boca de los que saben emplear mejor su tiempo y sus recursos, es el mas seguro fiador de su industria y el garante de su probidad. Hay muchos que usurpan el derecho de apropiársela, ó para ocultar con ella sus vicios mezquinos, ó para cubrir manejos mas culpables, y rara vez es la espresion sincera del hombre á quien está realmente destinada. Es por eso preciso oirla siempre con desconfianza, dudar del que nos la dirige por primera vez y sobre todo no creer jamás al que se acostumbra á repetirla.

DEFENSA JUDICIAL.

Licenciado D..... defensor de Da. Jacinta en los antes formados para describir el asesino de su esposo D. Rodrigo, como sea mas arreglado á derecho digo: que el Sr. fiscal de este proceso empapó en hiel su pluma al acusar á la inocente jóven que me ha confiado su defensa, y el mismo Sr. que con excesiva indulgencia había tomado poco antes á su cargo la difícil tarea de justificar al perjurio y calumniador D. Teófilo, el mismo Sr. que al principiar su escrito recomienda su sensibilidad, y asegura que no ha adquirido aun aquella fría indiferencia con que la práctica hace ver el escarmiento del criminal, ese mismo ha mudado de repente de principios, y armándose de una severidad terrible contra Da. Jacinta, evoca hoy en su perjurio la sombra de su esposo, presta con impiedad una voz rencorosa á su sepulcro, se remonta hasta el trono del Eterno para que el dedo de la Providencia le señale una victima, la insulta y la escarnece en su dolor, pide su sacrificio, é implora el nombre de la justicia al exigir

tan horroroso castigo: mas la justicia Sr., no es una divinidad ciega y sinuosa como el la representa, ni demanda sin cesar sangrientas espi-
riciones, ni vá continuamente armada de puñales y precedida por el terror. La verdad si imple debe ser su antorcha; la moderacion y la pruden-
cia que acompañan todos sus pasos y todas sus decisiones, no son inco-
patibles con el severo culto que ella exige, y se la ofende y desacata, mas
aun cuando por un celo indiscreto y entusiasta se mancha la espada de la
ley con la sangre del inocente, que cuando la oscuridad de un proceso, la
friqueza de nuestra razon, ó la indulgencia de un magistrado, aseguran la
impunidad al delincuente.

Estas consoladoras máximas de legislacion, que hoy nadie des-
conoce, no son por fortuna nuevas entre nosotros, ni tienen por apo-
yo las exclamaciones de algun autor moderno, cuyo nombre ó cuya his-
toria pudiera prevenir á los tribunales contra sus doctrinas. Escritas están
con sencillez y elocuencia en nuestros antiguos códigos; el sabio R. y D.
Alonso las recomienda muchas veces, y con temor de que no queden sufi-
cientemente inculcadas en el alma de los jueces, y yo creo indispensable
recordarlas en la defensa de una infeliz, á quien anticipadamente se ha mi-
rado como criminal, á quien se trata con una dureza, que estaba tan lejos
de esperar como de merecer, y en cuyo perjuicio se han olvidado unos
preceptos tan humanos y que tanto se acuerdan con la religion de paz que
profesamos.

Desde que la voz pública llevó á Pinal del Río la funesta noticia de
que D. Rodrigo habia sido asesinado en el silencio de la noche, en medio
de su familia y en el mismo lecho conyugal, se concibieron contra su des-
graciada esposa vagas sospechas, á las que después se ha querido dar gran-
de importancia. V. S. (cuyo corazon severamente justiciero, se alarma con
facilidad y confunde al delincuente y al delito) se preparó desde aquel
instante para encontrar en ella la autora del asesinato, y apenas leyó
el informal sumario formado por el pedáneo de Guanes, cuando sin de-
tenerse mas y sin esperar el fin de la causa, la miró como á una odiosa
parricida. La impresion de un momento fijó acaso para siempre su opinion,
y se reservó desde entonces á Da. Jacinta para ser el objeto de un castigo
ejemplar, y tanto mas horrible, cuanto mas inocente y digna de lástima es
la víctima que se destina al sacrificio.

En vano querría yo cerrar los ojos para no ver esa fatal resolucion
bien descubierta en cada uno de los pasos que se han dado, y en el espiri-
tismo de los interrogatorios hechos á mi defendida y á los testigos. La cele-
ridad con que V. S. á pesar de sus graves dolencias, anduvo catorce leguas
en dias lluviosos y por caminos malísimos, la multitud de reconocimien-
tos prolijos que practicó, la sugestiva y razonada pregunta que hizo á los
facultativos que asistieron y examinaron al herido, y los difusos é innu-
merables cargos que no tenían apoyo en los autos, y con los que esperó
sin embargo arrancar á la viuda la confesion del delito que no habia come-
tido, todo descubre la prevencion del Sr. juez de esta causa, y todo mani-
fiesta que está ya concebida la fatal sentencia, y que solo por observar los
trámites legales se oye hoy al defensor de Da. Jacinta. El Señor fis-
cal ha juzgado con igual precipitacion, dejándose arrastrar por el mismo
ardiente celo que ha estraviado á V. S., y uno y otro con las mejores intenc-

ciones se han empeñado en abrir á esa infeliz el camino del cadalso, uno y otro la miran con horror, y abandonando el trabajo de investigar la verdad, que por desgracia creyeron haber encontrado desde el principio, y en medio de la oscuridad de un sumario; solo han tratado de acumular datos contra ella, y de multiplicar diligencias inútiles, al paso que han omitido otras esencialísimas que promoveré mas adelante. Me es doloroso reconocer esta verdad en cada una de las paginas del proceso, y me es mas doloroso aun verme en la necesidad de principiar mi defensa por una manifestacion que contribuirá sin duda á que V. S. lea mi escrito con disgusto; pero la noble profesion de amparar al desvalido, y justificar al inocente, exige del que la ejerce, aquella firme entereza con que Marco Tulio, defendiendo la causa pública, habló contra la conjuracion delante de poderosos conjurados, que podían tomar muy pronto las riendas del gobierno, y aquel varonil esfuerzo con que Demóstenes alzó la voz contra Filipo, cuando Atenas iba ya á rendirse á ese conquistador feliz que debía dentro de poco derribar la tribuna del orador.

Da. Jacinta no ha cometido el crimen que se la imputa, sus manos no se empaparon en la sangre de su esposo, el asesino no estaba de acuerdo con ella, y el tetrado que la acusa, y el magistrado que se prepara para condenarla, incurren en un error funesto á la humanidad, funesto á la justicia misma, cuya causa creen favorecer, y es necesario por lo mismo impugnarle y desvanecerle.

La tarde del siete de Agosto, D. Rodrigo y su compañera comieron juntos, y algunas horas después se acostaron tambien juntos. La paz reinaba entre los dos aquella noche, la tranquilidad se habia conservado siempre en su casa, y ni los celos incendiaron nunca el alma del esposo, obligándole á ser duro y sañudo, ni los disgustos y rencillas que turban el sosiego de algunos matrimonios, habian jamás irritado á la tímida y pacífica consorte. Sus miradas, sus acciones, y sus movimientos no descubrían ni horrible proyecto, ni anunciaban el odio, y si es cierto que *el crimen se pinta en el semblante* como lo asegura el Sr. fiscal al hacer la defensa de D. Vitrubio; si el desahogo, la inquietud, el terror, y las involuntarias distracciones preceden á su perpetracion y hacen anticipadamente sospechoso al que le medita, Da. Jacinta no necesita sin duda de mas justificacion, porque ni antes, ni después de haber recibido los golpes concibió el herido la mas ligera sospecha, y él era el único cuyas presunciones pudieran tener algun fundamento, y descansar en algun dato.

Lleno de confianza se acostó a su lado aquella noche, y ambos dormían profundamente, cuando los despertó el llanto de su hijo. Levantase la madre para arullarle, recibe entonces D. Rodrigo las dos heridas que pocos dias después terminaron su existencia, é implora el auxilio de su esposa que sorprendida y angustiada sale del cuarto en el momento mismo en que fugó el asesino, llama á los dos criados que dormían en una habitacion inmediata, previene al uno que avise á los vecinos, encarga al otro que lleve una luz, prepare el alimento y acuda al socorro de su Señor, y demuestra en todas sus acciones el mas profundo pesar, y el mas vivo deseo de salvar á su marido del riesgo en que le consideró. Ninguna de estas diligencias se ejecuta con acierto por quien acaba de cometer un delito, ni el parricida recobra tan pronto la serenidad que es necesaria para en-

enubrir la turbacion y el espanto. No se vió entonces á Da. Jacinta en la *desamparada orilla del Callagueteje*, ni en ningun otro punto distante de la casa; sus primeros pasos se dirigieron al lugar en que dormían Juan y Francisco, y estos siervos que se levantaron al instante, y que son los únicos testigos que la vieron en el momento mismo en que su consorte acababa de ser asesinado, nada se han atrevido á deponer en su perjuicio, sin embargo de que sufrieron una larga prision y de que podían tener interés en acriminarla para desvanecer las sospechas que contra uno y otro se concibieron.

Ambos notaron en ella la agitacion del dolor, y no los terrores y la confusion del crimen; ningun instrumento de muerte vieron en sus manos, (cuando era imposible que hubiera tenido tiempo para ocultar el hierro parricida) ninguna mancha de sangre observaron en su cuerpo, ni en sus vestidos, y no se halló vestigio alguno del delito en los lugares por donde ella transitó. Tantas casualidades no era fácil que se reunieran para salvarla, si no fuera inocente; ni el cielo cuida tanto de favorecer y encubrir al criminal que infringe sus santas leyes. Cometido el asesinato con precipitacion y en la oscuridad, no era posible que dejara de salpicar al asesino la sangre de la víctima que recibió dos golpes, y que debió moverse con violencia al tiempo de incorporarse. Ninguno de los vecinos que acudieron al socorro del paciente observó en Da. Jacinta señal alguna que la hiciera sospechosa; ninguno al tiempo de declarar manifestó contra ella la mas ligera presuncion, y aun después de saber que se le acusa, cuesta trabajo creer que haya quien atribuya semejante atentado á una niña de diez y siete años, de una constitucion débil y de un genio naturalmente blando. Era preciso que pruebas tan claras como la luz del medio dia, nos persuadieran de ese paricidio, y por fortuna ni se hallan en el expediente, ni era posible que se encontraran en el territorio de Guanes.

La perpetracion de un gran crimen, exige siempre un motivo tambien grande, y ninguno había que pudiera armar la mano de Da. Jacinta contra el compañero de su lecho. Mas resuelto á acriminar á la desvalida vinda, é interpretando siniestramente todos sus pasos, ha confundido el Sr. fiscal las demostraciones del dolor, con la tumultuosa agitacion del remordimiento, y la halla culpable y odiosa en aquellos instantes mismos en que es mas digna de compasion, y en que mas se descubre en su conducta aquella inocencia pura que no han podido confundir ni el genio firme é investigador de V. S., ni el ardiente celo del Sr. Fiscal, ni el brillante oropel de sus sofismas.

Al oír el grito de su esposo y los golges del acero salió del quarto asustada y afligida para llamar á los criados; cualquiera otra de su sexo habría hecho lo mismo en iguales circunstancias, y esta accion sin embargo la atribuye el acusador de D. Jacinta al temor de la venganza, ó á la turbacion del delito; pero su sospecha es tan ligera como infundada. Un criminal que horrorizado ó temblando busca su seguridad en la fuga, no se detiene sino muy lejos del funesto sitio que manchó con la sangre de la víctima; su razon se ofusca y se entorpece, sus labios no pueden articular palabra alguna, y solo después de mucho tiempo recobra aquel aparente sosiego de que necesita para disimular y encubrir su confusion. Es preciso desconocer al corazon humano para negar esta verdad, y se hace un in-

sultó á la naturaleza al suponer que Da. Jacinta que solo anduvo una cortísima distancia en obsequio de su esposo, y que dió tan acertadas disposiciones, tuviera á los diez y siete años aquella feroz animosidad que pocas veces acompaña al malvado que ha envejecido en la carrera del crimen. D. Rodrigo en la primera de sus declaraciones asegura que oyó el llanto del niño, y sintió el movimiento que hizo su esposa al salir de la cama, lo que no deja duda que estaba despierto, y así por esta razón, como porque él se levantó al recibir las heridas, segun lo dijo á D. Antonio, debió calcular la direccion qua traían los golpes, y reconocer la mano asesina si hubiera sido la de su consorte, que no tuvo tiempo para dar vuelta á la cama y colocarse del lado opuesto.

Cuántas conjeturas formemos nosotros acerca de la mayor ó menor dificultad que podía encontrar un extraño para introducirse en aquella habitacion, son por necesidad aventuradas y vagas. D. Rodrigo las tenía todas presentes, conocía mejor que nadie la posicion de su casa, el estado de sus puertas, y el caracter de Da. Jacinta, y si á pesar de eso no la acusa, si sus moribundos labios no revelan en su perjuicio la mas ligera sospecha, ¿en que descansan las conjeturas del Sr. Fiscal? ¿qué datos pudo tener á la vista para mirarla como á una horrible parricida? Declaró aquel desgraaciado dos ocasiones y en los angustiados momentos que antecederon á su muerte: su declaracion fué precedida de un juramento solemne hecho por aquel Dios justo y severo, ante quien iba á comparecer dentro de poco, y en semejantes circunstancias, la indignacion que debería causarle su consorte, y el temor de un perjurio le habrían obligado á delatarla si la hubiera considerado delincuente. El, lejos de concebir la mas leve presuncion implotó su socorro al recibir las heridas, la admitió después al lado de su lecho, habló con ella, manifestó antes de morir el mas ardiente deseo de verla, y la nombró heredera en su testamento, sin embargo de que no podía legalmente instituirle. Tantas demostraciones de amor y de bondad descubren la certeza que tenía de su inocencia, ¿y á pesar de eso el Sr. fiscal la acusa! y supone su Sra. que D. Rodrigo desde el oscuro lugar donde le precipitó la mano parricida pide á gritos una ejemplar demostracion! ¿Por qué, Sr., se ha de invocar tan fuera de tiempo el nombre y la sombra de los muertos para exigir con crueldad el sacrificio de los vivos? Antes de espirar no acusó el herido á su consorte! y después que ha dejado de existir se le atribuyen unos deseos tan contrarios á los que manifestó en sus últimos instantes! Este sistema de acriminar es sin duda demasiado impio, y no puede tener otro objeto que el de hacer odiosa á Da. Jacinta, é incendiar en su perjuicio el animo de V. S. Súfrase en el teatro que el vengador de Menelao acuse desde el sepulcro á su adúltera esposa, y demande la sangre del usurpador de su trono y de su lecho: allí todo se tolera, y todo tal vez gusta; pero en un escrito de acusacion presentado en un tribunal español, y en un pueblo cristiano, ningún efecto pueden producir esas profanas galas y esos poéticos arreos. Las tumbas de los católicos no abriga un vergonzoso rencor, ni despiden de su seno esos gritos de muerte y de venganza; duermen para siempre en el polvo los que han terminado su carrera, y si su voz se alzara alguna vez de los helados túmulos, sería solo para la ventura de los que turban su reposo y ponen rencorosas exclamaciones en sus labios.

He hecho una relacion exacta del desgraciado acontecimiento que dió causa á este proceso, y aunque no he cuidado de recargarla de citas que considero inútiles en una causa que V. S. ha visto con tanta detencion, y que harían larga y molesta mi defensa, estoy cierto de que los autos no desmentirán mi esposicion, y de que en ellos no aparecerán otros datos contra Da. Jacinta. Bastaría ciertamente para la justificacion de ésta jóven las declaraciones de su esposo; pero como entré ellas y las que dió la viuda se ha creído, encontrar alguna divergencia, me es forzoso detenerme á pesar mio en demostrar lo contrario.

D. Rodrigo dijo, que á las doce de la noche recibió las heridas sin conocer al agresor, que sus ayes instruyeron á su consorte de su desgracia, y que esta abrió la puerta y salió gritando; pero Da. Jacinta asegura que la encontró abierta, y el Sr. Fiscal la desmintiendo, descusando solo en la inexactitud con que estendió la declaracion del difunto, el Pedáneo de Guanés, cuya ignorancia y torpeza se descubre en la redaccion de cada una de las diligencias que practicó.

Para convencernos de que no hay entre ambos la contrariedad que se supone, basta advertir que á D. Rodrigo no se le preguntó si la puerta estaba cerrada ó abierta cuando se cometió el delito y que por consecuencia su contestacion no se contrajo á un particular, acerca del cual no se le interrogaba. Refirió el desgraciado suceso, y el capitan del partido de Guanés, no supo estender con claridad su esposicion. No era posible que un hombre aterrado, y que había recibido dos heridas casi en el momento mismo en que acababa de despertar, tuviese la serenidad necesaria para instruirse de repente del estado de una habitacion oscura, y esta es la primera de las observaciones que ocurriría á cualquiera. Sabia que la puerta del poniente, se había cerrado á la hora de acostarse, vió á su esposa salir en aquella direccion, sintió el ruido que naturalmente hizo en su carrera, recibió después los auxilios que debió á su eficacia, y podía muy bien haber inferido que ella abrió la puerta. Nada pues, se deduciría contra Da. Jacinta, aun cuando D. Rodrigo así lo asegurara, aun cuando se hubiera inquirido de él esa circunstancia, y aun cuando no constara que no concibió la menor sospecha, y que la impericia del Pedáneo es la que ha dado lugar á tan infundada duda.

Para hacer sospechosa á Da. Jacinta ha asegurado el defensor de la comunidad que cuando ella salió del cuarto era natural que hubiera ordenado á los criados la persecucion del asesino, en vez de prevenirles que buscaran unos auxilios inútiles para el herido; pero ¿cual es Sor. la mujer varonil y desalmada que habría procedido de un modo tan opuesto á la ternura y timidez de su sexo? quién en tan tristes circunstancias hubiera tenido esa dura entereza? Su esposo moribundo y bañado en sangre imploraba su socorro; y se quiere sin embargo que ella pensase entonces en perseguir á su matador! Este cargo no merece una formal impugnacion y Da. Jacinta le contestó ya del modo mas satisfactorio. Una jóven que acababa de ver inmolar á su consorte, no era natural como cree su Sría., que oyera antes el grito de la venganza, que el de la compasion, ni era fácil tan poco que en tan angustiados instantes se resolviera á quedarse sola en el mismo lugar en que se había cometido el crimen, cuando podía temer que en aquella habitacion oscura aun permaneciese oculto otro asesino. Sea á

no racional y fundado este temor, era imposible que ella dejara de concebirle, y su conducta entonces fué tan regular, que con razon nos admiráramos si hubiera observado otra distinta.

Yo me canso inútilmente buscando en el proceso los datos que bien podido servir de fundamento al Promotor, y no hallo en su acusacion mas que hinchadas exclamaciones. Se ha sacrificado la verdad al deseo de adornar un escrito hecho sin duda con las mas sanas intenciones, y se deramaron en él muchas flores, que traídas desde muy lejos han llegado marchitas é inodoras al lugar donde se colocaron; pero no se ha citado una sola declaracion, ni un solo indicio importante que nos haga sospechar de la desgraciada viuda. Se hallaba esta infeliz en la habitacion misma en que D. Rodrigo fué asesinado, sus puertas se habían cerrado á la hora de acostarse; y de aquí se ha inferido que Da. Jacinta fue la autora del crimen; pero igual deducccion podia quizá hacerse en perjuicio de Da. Maria que dormía en el mismo cuarto, y sin embargo nadie hasta ahora la ha acusado. Léjos estoy yo tambien de hacerlo, y de despertar en el ánimo de V. S. la mas leve sospecha. Tan inocente es esa joven como su afligida hermana, y mi observacion no ha tenido otro objeto que demostrar la debilidad de un cargo que con igual razon puede hacerse á otra persona.

Una ley tal vez justa, pero sin duda muy severa exige que se asegure la persona de Da. Jacinta porqué se hallaba en el sitio mismo en que se cometió el asesinato; pero ni esa ley ni ninguna otra puede considerar suficiente semejante circunstancia para que se la crea parricida y se le castigue como tal. *La naturaleza misma resiste la idea de que el objeto de la ternura de D. Rodrigo fuera capaz de ese atentado.* V. S. así lo dijo en la diligencia de la foja 132 en la que aparecen las palabras que acabo de transcribir, y mientras no haya pruebas muy inequívocas y claras, nadie podrá con justicia acusar á Da. Jacinta. Su hermana Da. Maria se hallaba allí accidentalmente, y no era posible que aquella e ignorara para cometer un delito, los dias en que el terror de esa niña, imprudente por su edad, descubriera su atentado. No busca jamás testigos el que premedita un asesinato, y elige siempre para su consumacion aquel momento en que pueda asegurar la impunidad.

Al examinar los muebles de la habitacion, se echó de menos una navaja vieja que ya el herido no usaba, y este es otro de los cargos que se han hecho á su viuda; pero tan débil ó acaso mas débil é insignificante que el que acabo de impugnar. No consta que antes de cerrar las puertas examinara D. Rodrigo el cuarto y viera en él la navaja, y no pueden por lo mismo concebirse sospechas contra ninguna de las personas que allí dormían por la desaparicion de una arma que sin duda se estrajo antes de que los esposos se acostaran.

Si es imposible que Da. Jacinta atentara contra los dias de su consorte, es en mi concepto mas imposible que cometiese el crimen con el instrumento que se supone, porqué las de su sexo temen siempre tomar en sus manos una arma que no están habituadas á usar y que se dobla entre sus dedos. Es igualmente difícil que tratara de herir á su esposo en el pecho, cuando los golpes de la navaja son mas seguros en la garganta, y cuando á ella (que podía tocarle sin hacerse sospechosa) le era facil elegir el lugar mas apropiado. Al lado de la cama tenía D. Rodrigo un cu-

chillo de punta y de él sin duda habría usado Da. Jacinta, si hubiera sido la que hirió á D. Rodrigo, porque sus golpes son mas decisivos, y porque así dejaba inerte á su consorte. Estas razones bastarían para desvanecer la sospecha que hizo formar la desaparicion de esa arma; pero por fortuna aun hay otras mas poderosas.

Una herida que ocupó la mayor parte del pecho, y que dividiendo transversalmente el esternon profundizó lo bastante para causar la muerte, no pudo inferirse con una navaja y por la débil mano de una niña. Se necesitaba de un arma mas terrible, y de un brazo mas pujante que el de Da. Jacinta para producirla, y los facultativos que reconocieron á D. Rodrigo aseguraron que se le hirió con un instrumento cortante y punzante. Veían entonces al paciente, sabían que estaba acostado cuando recibió los golpes, tenían cuantas noticias se les quisieron dar después para hacerles variar de opinion, y á pesar de eso creyeron que al asesinarle se usó de la punta y del filo del arma con que se cometió el crimen. Poco importa que esos débiles y perjuros facultativos, posteriormente y cuando D. Rodrigo estaba ya enterrado, hayan dicho que la misma herida pudo hacerse con un instrumento cortante. Vieron en el semblante de V. S. la persuacion de que Da. Jacinta había asesinado á su marido con una navaja; la razonada pregunta que se les hizo á fojas 66 les indicaba cual era la respuesta que de ellos se exigía, y creyeron complacer al juez que los interrogaba, perjurándose y suponiendo que los labios de la herida indicaban que se había hecho *con instrumento cortante y sin necesidad de punzar*. Antes habían visto detenidamente esos mismos labios y aseguraron lo contrario. ¿Como pues ha de atenderse á su última declaracion? ¿qué fuerza puede tener el dicho de unos hombres que con tanta facilidad se contradicen? V. S. no se hallaba en Guanes cuando vivía D. Rodrigo, ni vió jamás sus heridas; ¡y V. S. era sin embargo el que en la diligencia antes citada, instruía á los profesores que le asistieron, de circunstancias que ellos no ignoraban! Huevo un facultativo celoso é ilustrado que después de hacer la diseccion anatómica del cadáver, afirmó que D. Rodrigo había sido asesinado con la hoja de un machete. Su atestado era importantísimo, y sin embargo no aparece en los autos, ó porqué ignoró V. S. esa manifestacion, ó porqué no creyó necesario hacerla constar. Yo haré que se estienda en el término de prueba; la verdad aparecerá entonces con todo su esplendor y cesaran las dudas que han hecho concebir los otros licenciados.

Aun cuando fuera cierto que D. Rodrigo fué herido con un arma cortante, no por eso se podría inferir que el crimen se cometió con su misma navaja y por la mano de su esposa, porqué no consta que á la hora de acostarse existiese en el cuarto ese instrumento, y porqué hay ya en el proceso sobrados datos para asegurar que fué estraido antes de que las puertas se cerraran. En aquel mismo dia se presentó en la casa el negro Juan que estaba prófugo, y que suponiendo que iba á presentarse contra su Sr., solicitó allí un asilo. Los consortes ignoraban la perversa conducta de ese siervo, y considerándole desgraciado mas bien que criminal, tuvieron la imprudencia de introducirle en la habitacion en que ambos dormían. Allí permaneció oculto todo el dia, y no salió sino pocos momentos antes que se acostaran los dueños, y bastaba esto para inferir que él se llevó la navaja y el dinero que después no se encontró en el cuarto. En efecto

Sr., ese esclavo misterioso que no se presentó ante V. S. según lo había ofrecido, que después no volvió á la casa en que antes halló tan favorable acogida, y que continuó aterrando con un rejon al vecindario, ofrece suficientes motivos para sospechar que es el autor si no del asesinato de D. Rodrigo, por lo menos del hurto del dinero y de la navaja, cuya desaparición ha hecho dudar á V. S. de la inocencia de la viuda. Casi desde el principio de la causa hubo justas razones para creerlo así, y después que se recibió el oficio de la foja 88, las presunciones adquirieron una fuerza extraordinaria. De él aparece que perseguido Juan, huyó precipitadamente dejando en su fuga un saco de lona que contenía entre otros efectos una navaja de cabo blanco. De cabo blanco era también la del difunto, y una circunstancia tan interesante debería haber llamado la atención de V. S. y del Sr. fiscal. Se han evacuado mil diligencias insignificantes, se han dispuesto inútiles careos, se han recibido mas declaraciones de las necesarias, y apenas hay testigo que no haya sufrido un segundo exámen. ¿Porqué pues se ha omitido el importante reconocimiento de esa navaja que es sin duda la misma que se supone instrumento del crimen? Porqué el abogado de la ley, el defensor de la sociedad ultrajada no le pidió antes de formar su acusación? Yo lo he dicho ya, Sr., y no me cansaré de repetirlo sin temor de ser desmentido: se creyó delincuente á Da. Jacinta desde que se cometió el delito, y se trató menos de averiguar una verdad (que se consideró descubierta antes de tiempo) que de amontonar datos contra esta desgraciada. Se han amontonado en efecto; pero ¡cúan vagos! cúan insignificantes y despreciables!

El Sr. fiscal que no pierde ocasion alguna de desmentirla, y que en el calor de la acusacion olvida muchas veces lo que consta en el proceso, ha asegurado que faltó á la verdad mi defendida cuando dijo que D. Teófilo solicitó de ella ilícitos favores y la prometió vengarse de su resistencia. Su Sñía. ha considerado imposible que la misma joven á quien se atribuye una flaqueza, resistiera después los ataques de un hombre que en los autos no aparece como un opulento propietario y al que sin embargo supone rodeado del prestigio de las riquezas; y arrastrado por ese error, injuria á la desventurada viuda, la desprecia, la insulta en su desgracia y la llama con la mas cruel ironía, *la heroína de las vegas de Guanes, y la Lucrecia del Canton de Catalina*. Estos sarcasmos, son sin duda demasiado amargos y punzantes, y antes de demostrar la ligereza con que se ha desmentido á Da. Jacinta, permítaseme lamentarme de la dureza con que se la ha tratado. Acúsela enhorabuena S. Sñía. si equivocadamente la considera criminal, promueva cuantas pruebas le parezcan conducentes y llene así su severo y adusto ministerio; pero no ultraje ni denueste á la infeliz contra quien pide después la pena de último suplicio, ni falte á los deberes de la humanidad olvidándose de que al principiar su escrito recomendó su sensibilidad no disminuida *aun por la costumbre de ver el castigo de los delitos*.

D. Teófilo solicitó favores que no obtuvo, y aunque él haya negado este hecho ¡qué fuerza puede tener el dicho de un perjuró que en su instancia de la foja 116, calumnió tan atrozmente al desgraciado padre de Da. Jacinta? También negó Sr., haber tenido disgusto con D. Rodrigo, y este sin embargo en sus últimos momentos y *puestos ya sus moribundos ojos en*

la eternidad declaró que aquel le amenazó de muerte y le prometió venganza. Examinése un instante esa declaracion y se verá en ella que una corta cantidad de arroz, de tabaco y de maíz produjo un resentimiento mas grande de lo que se dice en el escrito de acusacion.

Un individuo de cincuenta y cuatro años, con diez hijos, y sin mas bienes propios que una vega, no es ciertamente un hombre rico como se ha supuesto, ni un seductor tan formidable. y Da. Jacinta para despreciarle no necesitaba de la severa virtud de la infeliz esposa de Colatino.

Dícese que inventó la viuda esas negadas pretenciones de D. Teófilo después de cometido el crimen, y con el fin de que recayeran las sospechas sobre otro, y se asegura al mismo tiempo que ninguno de los testigos habla de ellas; pero en esto ha padecido Sr. Sría. una equivocacion involuntaria. Léase si no la diligencia que principia al dorso de la foja 39, y se advertirá que D. Vitrubio, ese mismo D. Vitrubio á quien tanto se ha defendido y encomiado, asegura que Da. Jacinta mucho tiempo antes de que D. Rodrigo fuese asesinado le habló dos ó tres veces de las proposiciones que le hacía D. Teófilo. Ese atestado si no bastara para demostrar que efectivamente las hizo, bastaria al menos para probar que no se inventaron por mi defendida después de cometido el delito, ni con el objeto que se supone.

La posibilidad de que sea cierto cuanto ha dicho Da. Jacinta, la desavenencia que hubo entre D. Rodrigo y D. Teófilo, y las airadas amenazas de este, le hicieron bastante sospechoso y le ponían en la necesidad de justificarse. El así lo conoció cuando al pedir su libertad ofreció la fianza que se le exigiera, el Sr. fiscal se prestó á su soltura sin ese requisito, y solicitando su absolucion, y el tribunal mas benigno y mas indulgente aun, declaró fuera de tiempo, que este proceso y el arresto sufrido no mancillan su reputacion. No es mi ánimo Sr. impugnar directamente las providencias de V. S., ni me olvido de que soy el defensor de la viuda de D. Rodrigo, para convertirme de repente en acusador del iracundo enemigo de su esposo; pero no puedo dejar de advertir que á todos los que fueron aprehendidos por esta causa, se les ha tratado con mas lenidad de la que ellos mismos esperaban, y que solo se persigue con inflexible severidad á mi defendida, á quien se ha querido dejar sola en la escena. Sola aparece en ella ya, y sola é incomunicada con un rigor de que no se usó con los otros presos, ha respondido con entereza y candor á cuantas preguntas se le han hecho, y ha destruido los abultados cargos con que se esperaba confundirla. La verdad brilla en todas sus contestaciones, y la firmeza de su pulso al suscribir esas difusas diligencias, demuestra que la memoria de un delito no turba su conciencia y que su alma no habia perdido aquella serenidad que acompaña al inocente aun en la mansion del crimen.

Desvanecidas ya las sospechas que al principio se concibieron contra Da. Jacinta por haberse hallado en el mismo cuarto en que cometió el asesinato, y por la desaparicion de la navaja, podría concluir aquí mi defensa, seguro de haber dicho lo bastante para justificarla, y persuadido de que las otras observaciones que en su perjuicio se han hecho, no merecen una formal impugnacion; pero acaso se me preguntará quién ha sido el matador de D. Rodrigo, y por donde se introdujo para llegar hasta su cama. Yo no creo Sr. que la cualidad de defensor de su viuda me obligue á designar

al agresor con la individualidad que se desea, ni es siempre posible descubrir al autor de un delito cometido con cautela en una posesion de campo, y en el silencio y oscuridad de la noche, pero me es fácil hacer ver que hubo un asesino extraño, y después de probarlo con los datos que ofrece la actuacion, me será igualmente fácil demostrar los puntos por donde pudo penetrar en el cuarto.

Algunas noches antes de la del asesinato llegó hasta el corral inmediato á la casa, un individuo de estatura baja, que huyó precipitadamente luego que le preguntó su nombre Francisco, que es el que á folio 27 ha referido tan importante ocurrencia; y ese incógnito sospechoso que llegó allí con sigilo y que fugó antes de ser conocido, no es sin duda un hombre honrado ni iba sin un siniestro designio. El inocente no se encubre, ni huye de que se le vea, y el que con reserva se introduce en las tierras de un extraño, el que se turba y fuga al ver á un siervo desarmado que se le acerca, da justos motivos para que se le considere autor del delito que en aquel lugar se cometió mientras no pruebe lo contrario. Basta pues la posibilidad de que otro haya sido el asesino para que no se pidiera contra Da. Jacinta la pena de último suplicio; mas por fortuna aun hay otro dato mas poderoso para persuadirse de la lijereza y severidad con que el Sr. fiscal ha procedido.

La noche misma del crimen se encontró al lado de la puerta del levante la huella de un hombre de zapato de tacon que sería sin duda el mismo á quien pocos dias antes auyentó la presencia de Francisco y ese hombre ha debido ser el asesino de D. Rodrigo. En efecto, Sr., un individuo que llega hasta las puertas de su habitacion, que con nadie habla, que no llama ni hace ruido, y que aprovechándose de la oscuridad de la noche se retira sin darse á conocer, no fué allí con otro objeto que con el de cometer un crimen. ¡Cuál si no es ese pudo ser el motivo que le condujo hasta aquel punto? Qué causa le obligó á evitar la vista del dueño de ella y á ocultar sus intenciones? Por qué extraña casualidad la noche única en que se descubrió la señal del pié de un hombre en la puerta de D. Rodrigo aparece asesinado este infeliz? El Sr. Fiscal que no ha podido negar un hecho calificado en el proceso y que debió haber llamado mas su atencion, ha negado sin embargo que ese incógnito fué el autor del crimen sin mas fundamento que el de que no pudo penetrar por aquella puerta. Yo prescindo de que no consta esa imposibilidad, apoyada solo en el dicho de dos hombres rústicos y sin fé publica, cuya pericia no se ha demostrado, y á quienes á pesar de esto se les llama peritos, nombre de que por desgracia se abusa con frecuencia; prescindo así mismo de que es un error creer que la operacion mecánica mas trivial ha de inspeccionarse por unos artesanos estúpidos, y que el atestado de estos tenga aquella fuerza que la ley sola al dictámen de ciertos facultativos, y concederé por un instante, que la puerta del levante no podía abrirse por fuera sin fracturarla: ¿qué se deducirá de aqui? acaso que el incógnito no pudo entrar en aquel cuarto? Esta deducccion es muy violenta, y yo no sé como el Sr. Fiscal se ha precipitado tanto.

Fácil era sin duda al asesino introducirse antes que las puertas se cerraran, y tal vez así lo hizo. Yo ignoro la dimension de los cajones que había en el cuarto, y no afirmaré que se cubrió con ellos, porque temo pre-

ceder con la lijereza con que ha procedido su Sría. al asegurar que allí no se ocultó; pero no me parece imposible ni difícil que entrando por la puerta en que dejó impresa su huella, se ocultara debajo de la misma cama del difunto. No es frecuente en el campo la costumbre de examinar con escrupulosidad la habitacion en que se duerme, porqué no hay allí los poderosos motivos que en las grandes ciudades suelen hacer necesaria esa precaucion, y el matador de D. Rodrigo podía sin gran riesgo esperar debajo de cualquiera de las dos camas que habia en el cuarto el momento mas favorable para su proyecto.

Aun cuando ese criminal no hubiera intentado introducirse antes de que se acostaran los consortes, tenía después muchos puntos por donde penetrar en el cuarto. Las tablas que se hallaban al lado de la puerta del poniente se suspendían con facilidad, y volvían naturalmente á ocupar su lugar, de suerte que ofrecían una cómoda entrada al asesino. Los peritos así lo dijeron y así lo practicaron en presencia de V. S., y los vecinos que aquella noche ocurrieron á la casa de D. Rodrigo, y que tal vez ignoraban la poca seguridad de aquella habitacion, ni era fácil que examinasen entonces si las tablas ó *yaguas* daban algun lijero indicio de haberse introducido por allí un hombre, ni posible que después de muchos dias recordaran con exactitud el estado del cuarto. En los momentos en que aun reina el terror en el sitio en que un hombre ha sido asesinado, la vista de todos se fija en la víctima, se advierten solo las circunstancias mas notables, y se desatienden otras muchas cuya importancia no se reconoce al pronto.

Encima de la misma puerta del poniente habia un descubierta por donde sin dificultad podia entrar un hombre, y ese es otro de los caminos que eligiria el matador. Era natural que subiese descalzo para no resbalar ni hacer ruido, y no debia por consecuencia dejar en las tablas las señales que se echan de menos. Para demostrar que por allí no se introdujo, cita el Sr. Fiscal las declaraciones de D. José Loredó y D. Ramon Valdés que reconocieron el canto alto de la puerta, y que hallaron en toda su estension el polvo y las telas de araña, que segun su Sría. no debieran existir *si en él se hubiesen puesto las manos, los piés ó el cuerpo de un hombre*; pero esta deducion es infundada. El asesino entró en la habitacion la noche del siete de agosto, y el reconocimiento no se practicó hasta el dia siguiente. Pudo el aire en ese tiempo agitar el polvo y borrar la lijera huella de un hombre que sin duda se introdujo descalzo y con cautela; pudo producir igual efecto la tierra que debió caer del techo por ser de guano, y las arañas que tejen con extraordinaria celeridad sus telas, pudieron tambien en la noche del siete y la mañana del ocho cubrir con sus hebras el punto por donde entró el agresor. Pero ¿para qué me canso en buscar á este tantas entradas, cuando esa misma puerta del poniente le ofrecia la mas cómoda que podia apenecer? Cerrábase solo con un pedazo de *yaya* que por su pequeñez y lijereza llamó *palito* el dueño de la casa y al que después, para acriminar á Da. Jacinta, se dió el abultado nombre de *tranca*. Los peritos han manifestado que era fácil empujarle con la hoja de un machete, y el criminal pudo hacerlo así y entrar sin que se le sintiera. Le bastaba desviar un poco ese madero é introducir después el brazo para evitar su caída; pero supóngase que cayó al empujarle, ¿qué ruido podia hacer un palo de tan po-

co peso y en un piso de tierra? El Sr. Fiscal no se atreverá á negar que debió ser casi imperceptible ¿y pretende sin embargo que él fuese suficiente para despertar á un labrador cansado, á quien en su mismo escrito ha supuesto profundamente dormido? y quiere que la ligera impresión del aire que entró por la puerta y la remisa luz de las estrellas que sin duda no despertarían á una niña delicada, quitáran el sueño á un hombre de campo que habia trabajado todo el día? Esto es, Señor, exigir mucho y no querer hallar en el proceso dato ninguno que justifique á Da. Jacinta. Con tal objeto y sin detenerse en nada, asegura su Sñía. que si otro fué el asesino de D. Rodrigo, debió estar de acuerdo con su viuda, y funda su sospecha en que eligió para el crimen el momento en que ella se hallaba fuera de la cama; pero el tribunal y todo el que vea los autos conocerá que esa presuacion es muy aventurada y que se ha procedido con crueldad y lijereza al atribuir complicidad á la viuda solo porque no espiró al lado de su consorte. Si el matador solo buscaba una victima ¿por qué se extraña que solo contra ella aimara su brazo, y que sus furiosos perdonaran á la esposa de su enemigo? qué motivos hay tampoco para creer que esperaba el instante en que D. Rodrigo quedase solo en el lecho? Da. Jacinta no se levantó voluntariamente y el llanto del niño fué el que la obligó á separarse de su compañero; el malhechor entónces debió temer que ella buscara una luz ó que se levantara tambien su esposo, y tal vez por esta causa cometió antes de lo que pensaba el delito, cuya ejecucion no podía ya retardar sin arriesgarse mucho y sin ser descubierto.

No era necesario, como cree S. Sñía., que el agresor tuviera una exacta noticia de la posicion de los muebles de un cuarto tan pequeño, ni era tampoco imposible que anticipadamente la hubiera adquirido sin que ni Da. Jacinta ni sus domésticos se la di-ran. Algunos inconvenientes se le presentarian para cometer impunemente el asesinato, y la prudencia exigia que los respetara; pero al perverso no le detienen las reflexiones que hace el Sr. fiscal para probar que debió temer los peligros á que se esponia. Cuando el deseo de la venganza arde en el corazon de un hombre bábaro, ni se ven los obstáculos, ni se calculan los riesgos: todo se atropella en esos momentos de frenesi; la razon se ofusca, el miedo se depone, y no se descansa hasta que no se satisface el deseo rencoroso y feroz que agita el alma.

En las grandes capitales donde es mas inmediata la vigilancia de la autoridad, donde hay siempre ministros que persigan al malhechor, y donde el ciudadano vive rodeado de vecinos, se mata con frecuencia á un hombre en su casa misma, en el seno de su familia, y en los lugares mas públicos de la ciudad; ¿porqué pues se ha de extrañar que igual exceso se cometa á catorce leguas de Pinal del Rio? porqué se quiere que allí haga caer el hierro de las manos de un criminal el temor del castigo que en las grandes poblaciones no basta para contenerle?

Dícese que el perro debió ladrar al acercarse el agresor; y aunque ni es imposible que ladrara sin ser oído por su dueño, ni que dejara de hacerlo alhagado por el mismo asesino, yo no me detendré en impugnar cuanto se ha escrito sobre esto: porqué si se ha tratado de probar la imposibilidad de que un extraño llegara hasta la habitacion de los consortes, la señal que quedó impresa al lado de la puerta del puente no deja duda de que son infundadas esas conjeturas.

Hubo Sr. un incógnito á quien no me atreveré á designar, y que aprovechándose de la oscuridad de la noche y de la ausencia ó del descuido de Francisco y Juan penetró en la habitacion de los consortes, llegó hasta su cama y partió el pecho al indefenso D. Rodrigo, sin ponerse de acuerdo con su esposa y resuelto quizá á inmolarla si era necesario. Los autos aun en su estado sumario y á pesar de los esfuerzos que se han hecho por confundir á la viuda, descubren esta verdad y causa asombro que sin embargo se pida con tanto ardor la muerte de una niña que aun no ha llegado á los diez y ocho años.

La pena de último suplicio, ese castigo terrible contra el cual han declamado ya algunos escritores elocuentes, y al que nos cuesta trabajo acostumbrarnos, ese horroroso escarmiento que el magistrado nunca decreta sin temblar, y que mas de una vez ha sido funesto á la inocencia, no debe imponerse sino cuando sea absolutamente indispensable, cuando no pueda escusarse sin infringir una ley penal muy terminante, y cuando haya contra el reo pruebas inequívocas que no dejen dudar de la perpetracion del delito que se le imputa. ¿Y tienen acaso ese carácter las que se alegan contra Da. Jacinta? merecen siquiera el nombre de indicios? Yo he demostrado ya lo contrario, y después de haberlo demostrado no se espere de mí que implore ni favor, ni compasion; el inocente no necesita del uno, ni de la otra, y no debe confundir su voz con la de los perversos que aterrados y temblando demandan el perdón de sus crimines. Justicia solo pido en nombre de la viuda que me ha confiado su defensa, y animado con la esperanza de que al fin se me administrará, sea cual fuere la prevencion con que hasta aquí se ha juzgado á mi defendida, concluyo: —

Suplicando á V. S. se sirva absolverla al pronunciar la sentencia, declarando que esta causa y el arresto que ha sufrido no manchan su reputacion, y reservándole su derecho para perseguir en los tribunales al asesino de su esposo; pues así lo exigen el honor de Da. Jacinta y la humanidad, la voz pública y la justicia que nuevamente pido con el juramento necesario &c.

NOTA.

La jóven Da. Jacinta fué absuelta, contrajo un segundo matrimonio, y goza hoy de las mayores comodidades. Su defensa fué una de las primeras obras de un abogado habanero que considerándola indigna del público se opuso al principio á que se insertara en nuestra Cartera. Hemos logrado al fin vencer su resistencia, pero exigió que no se publicase su nombre, y le suprimimos por complacerle. Hemos variado tambien las personas interesados en la causa, y creemos conveniente advertir que todos los que aparecen en la defensa son supestatos. Hubiéramos querido publicar íntegro el escrito, pero por ciertas consideraciones ha sido indispensable suprimir algunos fargmentos, y nuestros lectores conocerán fácilmente esa mutilacion que aunque ha sido necesaria, algo disfigura la obra. Los que la hayan leído original conocerán que convenia suprimir una parte de ella.